



EL MOLINO DE PIMIENTA

Cabaret literario

CORTAZAR:

Una carta inédita

Las pruebas de la infamia las tengo en la gaveta
Bernardo Jobson

Sobre "Los autonautas de la cosmopista" (respuesta conjetural a "Cartas de una madre")
Isidro Salzman

Dos sonetos de un antepasado remoto
Julio Denis

UN CUENTO DE PIRANDELLO

UN CUENTO DE MANZUR:

Explicación falsa de la ausencia

UN POEMA INEDITO DE THOMAS WOLFE

POR QUE NO PUBLICAMOS UN POEMA DE COSTANTINI

ENTREVISTA A AUGUST STRINDBERG

NARRADORES INEDITOS/POESIA DE HOY

MONSTRUARIO

POEMA ULTIMO

Traducción de Patricia Marta Gesino



¡Oh, habrás de retornar a mí algún día,
mi feroz fuerza primera, habrás de volver
Cuando la vieja locura viene
a ennegrecerse en mí y a quemarse
Lenta en mi cerebro como un lento fuego
en un brasero ennegrecido —abrumada
como un tizne de sangre,
Húmeda y caliente y perversa, lentamente sofocando
en torrente!
¡Oh, no habrás de volver a mí otra vez —no
habrás de volver, canción salvaje?
¡Jubilosa y exultante triunfando sobre
la inmensa iniquidad
De ese lento fuego de locura alimentándose
de mí —la lenta loca sangre
Densa en su odio y perversidad, sofocándose
en su torrente!
¡Oh! ¿No habrás de purgarlo de mí—
mi feroz flama perdida?
Ven y restáurame, sálvame de
la vergüenza intolerable
De ese ojo inmenso que devora dentro de mi
cuerpo desnudo constantemente
Y que no tiene nombre,
Contemplándome desde el enorme y
cruel desamparo de un cielo
Que no permite piedad para el encubrimiento
Que no promete revelación
Y que nos impulsa siempre con su
ojo sin párpado
A través de la planicie inmensa y sin hogar
de una vacuidad planetaria.
¡Oh, feroz canción y furia, fuego y flama,
Magia perdida de mi juventud, retorna, defiéndeme

de esta vergüenza!
Y, ¡oh!, dorada venganza de brillante
canción,
No remedies, sino responde a la iniquidad de la tierra,
Dame, yo te imploro, aunque sea un toque
de gracia,
Un átomo de tu magia, como a alguien
Que se inclinó ante tu rostro
Desde su primera juventud, y te amó,
te conoció,
Arrodillado en un lugarcito ante ti — ¡Oh,
estado inmortal
¡De la poesía! — Habla por el que te amó
tiernamente —
¡Y que habló demasiado tarde!
Y vosotras, palabras feroces de esa feroz
lengua que no tuvo voz,
Ferozes gritos de ese corazón feroz
que no tuvo lengua,
Asistíme ahora con
una elección por torpe que sea,
Por áspera que sea o por lo que la angustia
arrancó,
Venid a mí, gritos que alguien arrastró de
mí como una canción
Y canciones que fueron desgarradas de mí
como un grito,
Oh, tú, música de dolor y gozo y
exultación poderosa,
Estabas loca, oh, furiosa e intolerable —
así estaba yo.

Brooklyn, 1984

Thomas Wolfe

Este poema —nos contó Julia Sancho— permaneció oculto en el cajón de un escritorio durante cincuenta años. Fue publicado por primera vez en Estados Unidos hace pocos meses. La historia que padeció *Last Poem* tiene el atractivo necesario como para que la contemos en el próximo número.

EDITORIAL

Acá las lecciones no sirven.

Somos recurrentes hasta para equivocarnos. Es como si existiera una fuerza irrefrenable hacia la irresponsabilidad. Se oye y lo que es peor se leen textos escritos por intelectuales en donde se dice que apuestan a la democracia, apuestan a la libertad, al cambio, a lo que se les antoje. No creemos que se trate sólo de tilingüería o de simple descuido. Pareciera que todo (el mundo, por ejemplo) no fuera más que una enorme sala de juegos y como buenos hombres de escolaso, cuando la cosa no se da como estaba prevista o más bien como se quería (y se había echado el resto) dicen mala suerte, otra vez será. Y se acabó la cosa y las alternativas son: meterse en la cueva, escribir sonetos y octavas reales, poner una casa de venta de cables y fundirse con ellos, o algunas otras elecciones no menos edificantes; o también, una posibilidad es el conocido y clásico tomarse el Conte Rosso.

Y los de acá y allá a sufrir, sobre todo cuando quedan vivos. Pero en definitiva, todo se resume en paciencia, otra vez será. Pero ¿cuántas otras veces quedan?

En marzo de 1966 en la ciudad de Buenos Aires circulaban quince revistas literarias, revistas que salían con una periodicidad que hoy parecería increíble. Un año y pico después, Onganía dijo no va más y se llevó todas las fichas que había en el paño. Y los intelectuales se quedaron mudos o casi mudos y cuando quisieron hablar ya era tarde, pelito a la vieja, ya había pasado La noche de los bastones largos y K. Vasena ya estaba cómodamente sentado en la tesorería del Gran Casino.

Seamos realistas, cuando juntamos algunas fichas, no es por mérito propio, es por torpeza del adversario. Y esas torpezas son las que hacen que se llegue a la primavera del 73. Y allí es el colmo, se piensa que se había hecho saltar la banca. Fue tanta la cuerda del delirio que cuando el presidente de la nación hizo retirar a una periodista de la sala, en una conferencia de prensa, se discutía si era táctica o estrategia del viejo. La periodista no apareció nunca más. Al poco tiempo los que hablaban de estrategia y de táctica, ya no discutían ni tomaban café, ni nada. Los que con Locche habían aprendido a dar el oportuno paso hacia atrás y al costado se dedicaron a la apicultura y a esperar. La triple A ya estaba en el poder, y claro, Isabel era una especie de Rosa Luxemburgo para lo que querían Videla, Massera y el de la aeronáutica, y por eso dijeron no va más. Y se pusieron a reorganizar el país que daba gusto. Si lo reorganizan un tiempito más, habría que haber importado indios de Hollywood para seguir la película. Pero en 30.000 dijeron planto. El tesoro era Martínez de Hoz, hombre de experiencia, ya había ejercido el cargo doce años antes. Después nos dijeron el que apuesta al dólar pierde, eso lo dijo el tesoro suplente. Y como si esto fuera poco, la última, la gran ocasión: la guerra, una guerra con Inglaterra, con el apoyo de los Estados Unidos para que sea más pareja. Allí iban a saber lo que es el pecho de un criollo. Y lo supieron inmediatamente, se perforaba como el de cualquier hijo de vecino.

La guerra se perdió, por supuesto.

Las fuerzas armadas quedaron más solas que Jehová antes de la creación.

Y otra vez estábamos en alza, como le gustaba decir a una amiga nuestra. Y se empezó, medio en broma, a hablar de elecciones. Del cronograma electoral. Se levantaban apuestas si llegábamos al 30, y se llegó. Ganaron los que apostaron a la democracia . . .

Y ahora ya hay quienes dicen que estamos exactamente igual que antes, y no es un jefe de siniestros, ni un general retirado, ni Alvaro Alsogaray. Son intelectuales, presuntamente de izquierda.

La inmolación, la vocación de chacinado no sólo nos parece inútil, sino también estúpida.

Nosotros no apostamos a nada. "Para nosotros —escribía Sartre en 1947— el hacer es revelador del ser. Nosotros no estamos con los que quieren poseer el mundo, sino con quienes quieren cambiarlo, y es al propio proyecto de cambiarlo a lo que el mundo revela los secretos de su ser". No somos tan ingenuos para creer que vamos a cambiar el mundo con lo que estamos haciendo, pero sí estamos seguros que estamos haciendo y que lo que hacemos no es ajeno al proyecto de cambiarlo que tenemos.

Nosotros no apostamos, tampoco esperamos nada. No somos jugadores ni santos.

Lo preguntamos otra vez por si pasó desapercibido: ¿cuántas otras veces quedan?

Ricardo Maneiro

Las pruebas de la infamia las tengo en la gaveta

Bernardo Jobson

En este número nos hubiera gustado publicar un cuento de Bernardo Jobson, pero cuando nos enteramos de la muerte de Cortázar, nos dimos cuenta que la nota que hablara de ella tenía que escribirla él, el menos experto de nuestros amigos en notas así, el menos experto en rendirse al lugar común.

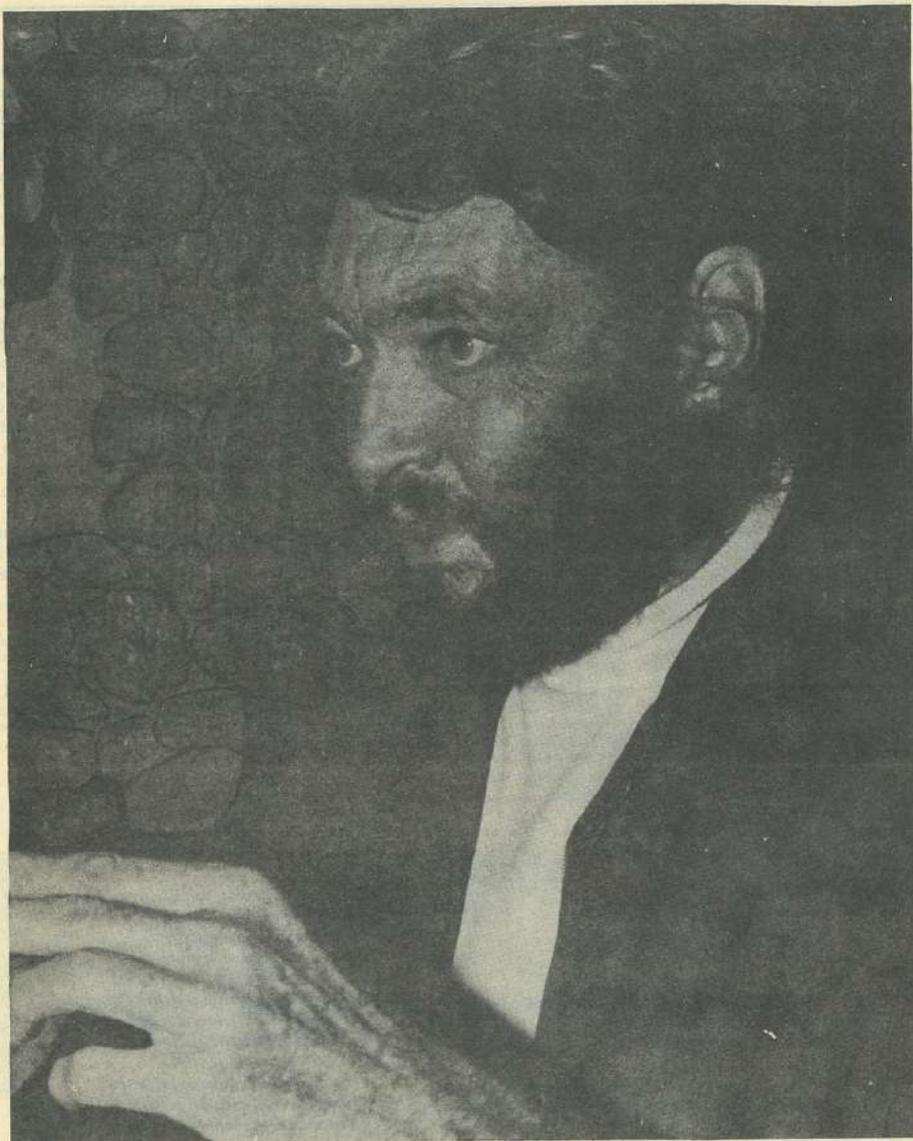
Esto tendría que haberlo escrito el mismo Cortázar, y no sé si por ahí no aparece, entre sus papeles, algo así como su autonecrológica, capacidad para cualquier cosa que pudiera ser escrita no le faltaba. El problema, de todos modos, iba a ser cómo encabraba el hecho de ir hasta la gaveta (esta palabra no la hubiera usado, es como fea) que medio pomposa y bastante exageradamente dice "ciencia y técnica, cultura y espectáculos", receptáculo en el cuyo cual ominoso recinto tanto entra el último gavión de la Taylor, un monopatín espacial, el premio a una película mozambique en el festival del cine esotérico en Madagascar o, de pronto, un cable que dice "Cortázar, falleció en París" y que saco de la gaveta, a las cinco de la tarde (¿a las cinco en punto?), encima de un domingo, día en el que uno más bien no está dispuesto a ejercer el apostolado, y menos todavía sí, para entrar en materia (no la gris, precisamente) uno lee los cables de este toyivenco de ascenso también llamado mundo civilizado y se encuentra con ese encabezamiento y entra a mirar para todos lados, la redacción está más o menos como la zona bancaria un domingo al mediodía, necesita que alguien le confirme que lo que está leyendo no es una joda del nato este, lee algo así como leucemia, no puede asociar ninguna entidad clínica a Cortázar, no puede ser que esté dentro de la categoría de un consultorio externo, cómo hace uno para pensar que el tordo le ordena un análisis de sangre, sigue buscando a alguien que esté más al tanto de las cosas y de la realidad, encara para el lado del buffet donde dos o tres espaldas le resultan conocidas, está con el cable en la mano, las pruebas de la infamia las traigo en la gaveta, sin saludar mira a sus compañeros de trabajo, pregunta al mejor estilo de barrio, te enteraste de esto, muestra el cable, alguien lo mira casi cancheramente (debe ser de internacionales, nada le sorprende), recién te enterás, le pregunta subliminalmente, recién llego, le digo, lo primero que agarro es este bleca y mirá lo que dice, sí, claro, pero murió a la mañana (obscena hora dominical, algo así como a las diez GMT, andá a saber si estamos más acá o más

allá, alguien dice tres horas menos y habrá que creerle, pero lo que yo quiero creer es que se murió Cortázar o, para ser más exactos, que no se murió, pero sí, se murió, dejate de joder, me dice un prosecretario, qué te creías que era, inmortal? y no le respondo porque sí le tengo que decir la verdad, le tengo que decir que sí, este tipo no podía morirse, rendirse de esa manera ante el lugar más común, él nada menos, que para hacerle decir buen día a un personaje le costaba un huevo y la mitad del otro).

Pero hay que seguir ejerciendo el apostolado, y alguien me pregunta si tengo los teléfonos de algunos escritores, hay que preguntarles qué opinan de la muerte de Cortázar, extraigo casi dolorosamente mi esquemática agendita negra, opino que el domingo a la tarde ni Borges debe estar en la casa, hay una rápida escena tipo Venustiano Carranza marcando el casillero, y no precisamente del Prode, a Emiliano Zapata, a esta no, a esta tampoco, este no interesa, la cuestión es más o menos preguntarle a alguien que dé con lo que se necesita, que diga sin mayor emoción pero en el marco de una sencilla pero emotiva ceremonia, que las letras argentinas y por qué no, universales, han perdido a uno de sus máximos exponentes y, jugate el último bife de lomo, que te lo dice agregando que es al margen de las ideas que sustentaba, como si las ideas que sustentaba no están en las cosas que escribía, cuestión con que "El libro de Manuel", por ejemplo, al tipo se le arma un rico balurdo existencial y político, no sabe qué hacer con el asunto, todo está bien mientras no se meta en política, y andá a explicarle que "Torito", por ejemplo, tiene un trasfondo (que le dicen) político que te la voglio dire.

Y también otro tipo de trasfondos, esto es tras el fondo de un hotel residencial cerquita del parque Centenario donde transcurría plácidamente mi vida en una época en que "Viaje al fin de la noche" es más o menos "La hormiguita viajera" (lo del hotel residencial será explicado dentro de unos veinte años, cuando

(Cont. pag. 6)



(Viene de pág. 4)

pueda poner distancia entre mí mismo y el hecho de que en nuestro país la gente viva —es una manera de decir— en covachas ad hoc). El único libro que integraba escasamente la biblioteca de la habitación (es también una manera de decir, claro, era tirando a precaria, estilo “tapera new wave”) era “Rayuela”, y no es casual, en absoluto, que se convirtiera en mi libro de cabecera durante varias semanas. Y no es casual porque se trataba de la comunicación entre dos exiliados: Cortázar en París (sí, ya sé, el tema no es tan simple, él mismo declaró que no le gustaba la palabra “radicarse” cuando le preguntaron si volvía a la Argentina ahora que reina la democracia —reina, pero no gobierna, como la que te dije?—), y yo en Buenos Aires, ese archipiélago de varias islas, con pasaporte a la mufa, único documento válido que aceptaba la Federal, salvo el certificado de prófugo valiente, la cara de uno. Y que esto ya se está transformando en algo demasiado personal no es cierto, es personal desde que comencé, y la razón es muy simple: si lo que pretende un escritor es comunicarse con los demás, Cortázar conmigo lo logró, y algo más que eso, una categoría de escritor-impulsor que empezó hace muchos años —no más años de los que quiero recordar, sino de los que puedo recordar— con Abelardo Castillo cuando leí por primera vez un ejemplar de “El escarabajo de oro” y de inmediato pensé que la literatura debía ser eso, y tampoco es casual que una

crítica al “Adán Buenosayres”, firmada por un tal Cortázar, apareciera en la revista —ya se empezaba a gestar el cronopioje mayor— para que uno empezara a ponerle cemento a sus bases, para percibir su salario mínimo, vital y móvil de giros y palabras y concepciones donde el simple campo de batalla es el cómo agarrándose a patadas con el qué, llamar a Manliba para que se lleve todos los lugares comunes al cinturón ecológico, seducir sutilmente a las palabras —esos pescaditos que van todos para allá según el recientemente fallecido—, abusar de ellas si se resisten, violarlas si se hacen las casquivanas, y como en cualquier cópula que más o menos se precie, mirarlas después del jaleo mutuo y recíproco, llegar a la conclusión que a lo mejor dentro de un rato vuelta la burra al trigo, esperar la iniciativa de estas turritas que se saben necesarias pero de pronto les agarra la ternura y saben dónde hay que tocar, qué decir, cuál es el momento justiniano en el que un adjetivo parece una catedral gótica y uno empieza el tanteo dactiloscópico para el relevo topográfico de las vocales, nada de colisiones en la ruta, maneje con prudencia, usted está manejando un arma de fuego, el estilo.

Pero el pajarito se le posó sobre el hombro, un pajarito bastante cronopio debe ser, y le silbó en código, despacito, vamos, tenemos que irnos no, según trascendió, agregó, qué porquería es el glóbululo.

Dos sonetos de Julio Denis

ORACION

*Descúbreme el contorno que, escondido
espera tras las luces del diamante,
en la equívoca risa de mi amante
y en el colapso del amor bebido.*

*Dame. Vivir, la fiebre del herido
que rompe sus sollosos en bramante,
para extraer un ritmo agonizante
y hacerlo seminario del latido.*

*Quebra mis huesos y húndeme en las heces
donde dice el gusano su misterio
y esboza su nacer la sementera;*

*quiero saber. Enigma, por qué creces,
quiero ser, en mí mismo, el cementerio
donde se pudra Dios, cuando me muera.*

CRUCIFIXION

*Tanta sed que el agua hubiera sido
sucedáneo de Dios en ese instante.
Tanto el dolor como el clamor quemante
a cada descender del pecho herido.*

*Y el corazón latiendo, con latido
tenaz y mantenido y delirante,
reloj trazando tiempo agonizante,
matando en más vivir lo prometido.*

*Jesús alzó los ojos hasta el cielo
y halló tan sólo un resplandor de hielo
tras el cual se escondía indiferencia;*

*y comprendió el porque de ese latido
prolongado en el ansia del gemido,
y comprendió el porque de su presencia.*

Respuesta Conjetural a "Cartas de una Madre"

Isidro Salzman

Conjeturamos que Isidro Salzman nació en este siglo. Suponemos que es argentino. Sabemos que fue responsable de Reportaje a la cultura, una revista que salió en épocas muy difíciles, no solo para eso, sino también para respirar. Esta carta conjetural es un homenaje, una demostración concreta de lector cómplice y —además— un espléndido texto.

Vancouver, marzo de 1984

Querida mamá:

Ya han pasado casi cuatro años. Reconozco que la frecuencia de mis cartas ha declinado en la misma proporción en que ha crecido la de las tuyas. Casi no tengo tiempo de leerla y tus sobres se acumulan en mi consultorio junto a esas insoportables propagandas de productos farmacéuticos. Son cosas de la vida que a vos te costará entender. Pienso que a papá no tanto.

En realidad hace un tiempo que vengo pensando en escribirte, quiero

decir, en hacerlo con mayor extensión que la que permiten las tarjetas postales. Quería darte un par de noticias personales y, de paso, develarte el misterio de aquella "extraña pareja" que te encontraste varias veces en la autopista para mediados de 1982, mayo o junio, te acordás?

En fin, primero vamos a lo personal. Te asombrará enterarte que lo de tía Heloísa lo supe desde el principio, es decir, desde que ella decidió confiar en alguien y me eligió a mí. Sucedió durante unas vacaciones en Ury, yo tendría dieciséis años, y recuerdo que ustedes no viajaron porque vos no quisiste que papá cerrara la

tienda. Vos sos el único que puede saberlo, me dijo, tu madre no lo entendería nunca. Contra lo que sentiste en Valence, creo que tía Heloísa fue muy feliz, madre en silencio, seguramente porque sabía que la participación de ustedes terminaría por interferir en su decisión y ajar su renunciamiento. Sucede que a vos te cuesta entender que se pueda ser feliz sin meterse en la vida de los demás. De allí tu obsesión por aquella pareja que encontrabas a cada rato en los parkings de la autopista. Al principio tus conjeturas me divertían, pero, poco a poco, comencé a sentir que tu curiosidad era una de las formas de la repre-

El Monje

LIBROS

PSICOLOGIA — PEDAGOGIA — NOVELAS — CUENTOS

POESIA — HISTORIA — ENSAYOS — INFANTILES

REVISTAS LITERARIAS — GALERIA DE ARTE

ALSINA 285

MORENO 534

(1878) QUILMES

Bs. As.

Tel. 253-8008

(Viene de pág. 7)

sión. Y un hombre de cara afable, que dice cortesmente buenos días, puede convertirse en alguien peligroso, no es cierto?

Me parece que el otro asunto personal va a gustarte menos. Tiene que ver con mi silencio de estos últimos meses y con la certeza que no voy a volver a Savigny quizá por mucho tiempo. Me casé a mediados del año pasado, aunque hablar de casamiento es una concesión idiomática que hago para facilitar tu comprensión. Lo cierto es que mi relación con Elianne es tan ilegítima como la de la pareja de marras, la del hombre grande y la mujer pequeñita de tus cartas. No sé si Elianne es una de esas muchachas bonitas del Canadá; la traté como paciente en el sanatorio de enfermos mentales donde hice mi residencia, me enamoré de ella y aquí estamos. Alguna vez te mandaré una foto de nosotros para que empieces a preguntarte cómo los cuerdos hacemos ciertas cosas con los locos.

Aunque seguramente ya no te quedan ganas, quiero decirte algo de Julio Cortázar y Carol Dunlop, esos son los nombres de los dos sospechosos que deambulaban por la autopista en un furgón rojo para la época en que murió tía Helaísa. No lo hago para convencerte de nada sino para satisfacer, como buen hijo, tu curiosidad. Él es un escritor de nacionalidad dudosa, aunque vive hace bastante en París y ella su tercer mujer, a su vez separada y con un hijo que vive en Montreal. En fin, que tenías razón: no había ninguna causa lógica para explicar su permanencia en la horrible autopista. Por lo que pude saber a través de alguien que leyó el libro (publicaron un libro contando el viaje), simplemente estaban enamorados, es decir que se querían. Digamos que fue una especie de viaje interior, un recorrido que ellos hacían por senderos propios, como si uno pudiera echarse a rodar por las arterias del cuerpo, aunque vos los vieras y pudieras hablarles y mirar dentro del furgón y todo eso. Mi amigo dice que le resulta conmovedor que dos mortales puedan amarse de esa forma, a esa edad y con tantas frustraciones viejas. Lo extraño es que ella murió de leucemia a fines de ese año, lo que convirtió a ese viaje, al que vos tuviste la ocasión de asistir, en una tarea final, una especie de travesía celeste. Parece mentira que un hombre grande, escritor bastante conocido, perseguido por sus simpatías por Cuba y Nicaragua, se haya embobado de esa forma con una mujer casada, diría una de tus amigas. Andar jodiendo por ahí, dando espectáculos propios de un adolescente, en lugar de quedarse en su casa de París, tomando el té y escribiendo cartas.

Carta inédita

Aix-en-Provence, 8 de agosto de 1961

Estimado Salman:

Gracias por los dos ejemplares de la revista y por su carta, todo lo cual me llega con el retraso inevitable en el verano europeo.

No tengo aún la versión completa del texto que le entregué, de modo que no puedo darle una impresión precisa sobre los extractos (entre comentarios) que forman el nuevo texto publicado por *Reportaje*. Con todo, es fácil darse cuenta una vez más de las dificultades enormes que encuentran ustedes para publicar afirmaciones usualmente polémicas, y la necesidad de "ablandar" ciertos pasajes con explicaciones que a mi parecer no explican gran cosa. Por ejemplo, todos los rocosos verbales en torno a lo que pasó con *Alguien* que amó por ahí, para terminar refiriéndose a "su normal distracción en el país", que nunca me parecerá normal en la medida en que se trata de una edición mexicana y no argentina, aunque comercialmente sean una misma cosa. En este caso, un lector no muy bien enterado deducirá que finalmente la cosa no era para tanto puesto que el libro está ahí, y no verá el siniestro trasfondo que ocupó ese caso especial junto con tantos otros en el peor momento del videlismo.

Pero usted tiene toda la razón, y lo dice muy claramente en su comentario final, pasándole la pelota a Pedro Lastra. Si alguien puede comprender sus problemas, creo que soy yo precisamente porque cada día me angustia más esa distancia falsa que el resentimiento o la altanería (y sobre todo las dos juntas, como siempre) buscan crear entre lo que ya es común llamar el exilio interior y el exterior. En ese sentido, Salman, me siento muy satisfecho que *Reportaje* haya publicado mi texto en la medida en que a pesar de los irrelevantes recortes y la salta permanentemente agudice en que se presenta, creo que le llevará a algunos lectores una noción y una esperanza más precisas sobre esta escisión suicida en la que no pocos están empeñados, y con la que estúpidamente se le hace el juego a quienes una vez más buscan dividir para reinar. Frente a tan frías declaraciones de Vargas Llosa en el mismo número, rechazo toda "suilización" literaria del exilio cuando el exilio argentino es algo que nada tiene que ver con la literatura y todo con la historia de un pueblo entero. Vargas Llosa tiene razón cuando dice que mi propio exilio hizo de mí lo que soy, como en su propio caso y el de tantos otros. Pero el poder más elemental debería dejar de lado esos resultados individuales frente al horror de la diáspora en su conjunto, porque al menos capaces de no caer en la peor deformación profesional; hoy en día, en tantos de nuestros países, el exilio "literario" con su halo y con su bueno, no puede escamotear la verdaderamente grave y capital | el exilio a secas, la expulsión o la fuga de centenares de miles de compatriotas. (Se paga, y para terminar, ¿tendrá que decir una vez más que en mi caso jamás hubo exilio ni nada parecido hasta el trágico vuelco de 1973? Usted, que de una manera u otra insistió en mi "exilio" de treinta años, ¿no sabe que entre 1934 y 1937 yo iba a la Argentina cada dos o tres años, que volvía a tomar contacto con lo mío, que era feliz entre lo mío? ¡Vaya exiliado, compañero!)

En fin, esto podría seguir "sine die", y en todo caso seguirá por mi parte puesto que haré todo lo que pueda para destruir los malentendidos que actualmente tienden a escindirnos. En ese sen-

Mamá: se me acabó el tiempo. Tengo un montón de pacientes que me están esperando. Voy a tratar de curarlos, o sea de convencerlos de las ventajas de seguir locos. No lo cuides tanto a papá. Si habla con los garagistas es porque ya no puede hacerlo con vos.

Cariñosamente

EUSEBIO

P.S.: Lo que son las cosas. Acabo de leer en una revista española que Julio Cortázar, el lungo de la autopista, murió de leucemia en el Saint-Lazare. Reite: lo

llaman uno de los monstruos de la literatura mundial. Supongo que con lo de monstruo estarás de acuerdo. De pronto pensé que en una de tus cartas lo comparabas a él y a su mujer con la tía Rosa y el marido que, según vos, fueron felices hasta el fin y que uno no pudo sobrevivir mucho a la muerte del otro. Vos tendrás tus defectos, pero sos una estrella para las premoniciones. Bueno, ahora sí te dejo. No me mandés más calcetines ni bufandas. Ahora combato el frío con otros medios.

Tu hijo

tido, usted está autorizado para reproducir en su revista toda publicación que yo haya podido hacer por vías españolas o latinoamericanas y que se refieran al tema. Le digo esto con una inevitable tristeza: la de que en la mayoría de los casos mis textos no podrán ser reproducidos como sin duda usted y sus amigos quisieran. Pero al fin y al cabo, el juego J.C.U./Huasi/Reportaje significa evidentemente el máximo de lo que se puede hacer por el momento. Y es por eso que no hablo de colaboraciones directas, porque no sé escribir frente a la censura propia o ajena. Cuando me censuran o "abrevian", siempre siento que el lector sensible se dará cuenta de que el texto ha sido alterado; y me parece mejor que darle un texto obligadamente ajustado a las circunstancias.

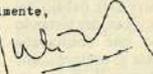
Termino con una referencia personal. Usted me escribe que mi eventual aporte al proceso actual que vive nuestro país "puede ser altamente significativo y, si me lo permite, una forma válida de amortizar la deuda que contrajo con nuestro afecto y nuestra admiración al irse a Europa casi para siempre".

Si entiendo bien esta frase, yo estaría en deuda con mis compatriotas por haberme ido a Europa a pesar de su afecto y su admiración. Ellos me querían y admiraban, pero yo me fui a Europa por ingretitud o crueldad. Y ahora, para amortizar esa deuda, debería escribir mis aportes al proceso actual del país.

Usted sabe muy bien que las cosas no fueron así. De Argentina se fue alguien que era un perfecto desconocido, que no apreciaba ni afecto ni admiración de nadie. Ese desconocido hizo prácticamente toda su obra en Francia, y como ocurrió (pequeño detalle) que esa obra es una de las más argentinas y latinoamericanas que puedan encontrarse, el desconocido empezó a enterarse desde lejos que lo querían y lo admiraban, cosa que no modificó en nada su conducta porque lo que otros llaman "lejos", él sabía y sabe que no tiene nada de "lejos" para él. Siempre odió los parroquialismos y los patriotismos, y siempre pagó esa deuda que usted le reprocha en la mejor forma en que podía hacerlo: dando nuevos libros a los lectores que lo estimaban. Les habdo quinco, si no me equivoco, por eso estar lejos? No quiero ser cruel, Salazar, pero al escribir esa frase, yo se acordó usted por un momento, siquiera de aquel escritor que viajó a Buenos Aires al final de la dictadura de Lanusse y puso los derechos de autor de Libro de Manuel a disposición de las comisiones de familias de los presos políticos? Con eso yo no pagaba ninguna deuda de afecto y de admiración; simplemente me sentí un poco menos solo frente a lo que estaba ocurriendo, hace lo que pude a la hora en que tantos no habían nada y los otros, los que empezaban a hacer cosas, veían llegar la tortura y la muerte y la derrota.

En fin, siento que en muchas cosas usted y yo tenemos criterios análogos, y desde ese punto de vista me alegro de la existencia de la revista, los aliento en su trabajo con todo lo que comporta. Si por ahí reacciono con demasiada vivacidad, como es el caso *ut supra*, pienso que usted, precisamente, puede comprenderlo.

Hasta otra vez, muy cordialmente,


Julio Cortázar

4, rue Martel
75010 PARIS



LIBRERIA

RAMOS

lo tiene

MITRE 531
QUILMES



Limones Sicilianos

cuento de Luigi Pirandello



eresita, está?

El sirviente, aun en mangas de camisa, pero ya con un cuello duro monumental, los ralos cabellos bien alisados y peinados sobre el cráneo, arqueando las espesas cejas que se unían sobre la nariz y que parecían dos grandes mostachos sacados de su lugar natural y puestos allí para no perderlos, midió de pies a cabeza al joven parado delante de él, en el descanso; aparentemente un campesino, con el cuello de su capa levantado hasta las orejas, que sostenía en las manos hinchadas por el frío, una vieja bolsa y una valijita.

— ¿Quién es Teresita?

El joven sacudió la cabeza para hacer caer una gota de la punta de la nariz; luego respondió:

— Teresita, la cantante.

— ¡Ah! — exclamó el mucamero—. La llama Teresita, ¿secas. Y usted ¿quién es?

— ¿Está o no? — preguntó el joven—. Dígame que soy Micuccio y déjeme pasar.

— No hay nadie — respondió el sirviente, con la misma sonrisa burlesca pegada en los labios—. La señora Marnis está todavía en el teatro y...

— ¿Tía Marta, también? — interrumpió Micuccio.

— ¡Ah! ¿Usted es pariente? Haga el favor de pasar, entonces... Pero, verdaderamente, no hay nadie. La tía también está en el teatro. No volverán antes de medianoche. Es la función de honor de su... ¿Qué es de usted la señora Marnis?

Micuccio quedó, un instante, perplejo. — No soy pariente, soy... Micuccio Bonavino. He venido expresamente para verla.

Ante esa aclaración las maneras del mucamero sufrieron otra vez un cambio notable; hizo pasar a Micuccio a una pequeña habitación oscura donde alguien roncaba ruidosamente, y le dijo:

— Síntese, voy a traerle luz.

Micuccio miró hacia el lugar de donde provenían los roncidos, pero nada pudo distinguir; luego, miró hacia la cocina, muy próxima, donde un cocinero sumamente atareado, ayudado por un pinche,

preparaba la cena. El aroma succulento de todos esos manjares que hervían lo reanimó. Estaba, por decirlo así, en ayunas desde la mañana, y venía de Reggio a Calabria: un día y una noche en tren.

El mucamero volvió; trajo lumbre y la persona que roncaba tras la cortina, medio dormida todavía, preguntó:

— ¿Qué pasa?

— Vamos, Dorina, vamos, despierta — gritó el sirviente—. Ven a ver. Está aquí el señor Bonvicino...

— Bonavino — corrigió Micuccio que se soplaba los dedos tratando de hacerlos entrar en calor.

— Bonavino, Bonavino... un conocido de la señora. Duermes fuerte. Tocan el timbre y no oyes nada. Debo poner la mesa y no puedo hacerlo todo, ¿entiendes? Ocuparme de la cena, del cocinero, de las personas que llegan...

Un largo y sonoro bostezo de Doña Dorina fue la única respuesta que recibió, y se alejó murmurando:

— Sí, sí, siempre es así, siempre.

Micuccio sonrió y lo siguió con los ojos a través de la penumbra de la otra habitación hasta una gran sala que se veía en el fondo, profusamente iluminada; quedó asombrado, mirando y volviendo a mirar hasta que un nuevo roncido le hizo volverse hacia la cortina.

El mucamero, con la servilleta debajo del brazo, pasaba y volvía a pasar, protestando a veces contra Dorina que continuaba durmiendo; a veces contra el cocinero, que no formaba parte del personal de la casa sino que había sido contratado para el acontecimiento y le importunaba sin cesar con numerosas preguntas.

Micuccio, para no fatigarlo, creyó prudente dejar para después todas las preguntas. Debía haberle dicho o hacerle comprender que él era el novio de Teresita. Pero no se animó, porque quizás el sirviente lo hubiera tratado como amo. Sin embargo, viéndolo pasar no pudo contenerse y preguntó:

— Perdone, ¿de quién es esta casa?

— Nuestra, puesto que vivimos en ella — respondió el sirviente siempre solícito.

Micuccio se puso a menear la cabeza. Era verdad, habían hecho fortuna. Los negocios debían marchar bien; ese doméstico con aspecto de gran señor, el cocinero y el marmítón, Dorina que roncaba allí, todos esos sirvientes a las órdenes de

Teresita... ¿Quién lo hubiera pensado?

Volvía a ver la miserable bohordilla, allá en Messina, donde habían vivido Teresita y la madre... Cinco años antes, en esa misma bohordilla, hubieran muerto de hambre. ¡Y había sido él quien había descubierto el tesoro en la garganta de Teresita! Ella cantaba entonces continuamente, como el pájaro del bosque, ignorante del valor de su voz; cantaba a pesar de su miseria, acaso para no pensar en ella; miseria que Micuccio trataba de aliviar, sin importarle la guerra que le hacían sus padres.

¡Ah! verdaderamente en ese hermoso día de abril, junto a esa ventanita que encuadraba el azul intenso del cielo, había pensado de repente lo que valía esa voz a la cual nadie prestaba atención; había sido una inspiración de lo alto, una insinuación de la buena suerte. Teresita estaba tarareando apasionadamente un aria siciliana cuya letra volvía sin descanso al recuerdo de Micuccio. Teresita estaba triste ese día, a causa de la muerte reciente del padre, y de la oposición obstinada de los padres de él al matrimonio. ¡Cuántas veces Micuccio había oído esa arieta!, pero entonada con tanta pasión, nunca. Le había causado tanta impresión que al día siguiente, sin preverla, había traído a su amigo, el director de la orquesta comunal, a su pequeña pieza en los altos. Y habían comenzado allá las primeras lecciones de canto; durante los dos años siguientes había gastado su pequeño sueldo, había alquilado un piano, comprado las partituras que necesitaba, y había podido dar al profesor una gratificación de amigos. Teresita ardía en el deseo de tomar vuelo, de lanzarse a ese futuro que su profesor le presagiaba brillante. Entretanto, para probarle toda su gratitud, ¡cuántas caricias y qué sueños de felicidad vislumbraban los dos!

Tía Marta, por el contrario, menesaba tristemente la cabeza. Había visto tantas cosas, tristes cosas, en la vida, pobre mujer, que no tenía fe ya en el futuro; temía por su hija y no quería que sólo se esforzara por escapar de la miseria que parecía ser su destino; sabía además lo que costaba a Micuccio la locura de ese peligroso sueño.

Pero ni él ni Teresita prestaban oídos a la anciana madre que en vano se había opuesto cuando un joven compositor que había escuchado a Teresita, declarara que

sería un verdadero crimen no darle una educación artística completa; decía que era menester enviarla a Nápoles, a cualquier precio.

Y entonces él, Micuccio, había vendido una pequeña extensión de tierra que heredara de su tío el párroco, y así la muchacha había podido ir a Nápoles a completar sus estudios.

No la había vuelto a ver desde entonces, pero ella le escribía desde el conservatorio; luego había recibido las cartas de la tía Marta cuando Teresita se había lanzado a la vida artística, solicitada, disputada por los grandes teatros, después de sus estrenos ruidosos en el San Carlos. Al pie de esas cartas raras, garabateadas con mano temblorosa por la pobre madre, Teresita, que nunca tenía tiempo para escribir, agregaba dos líneas: "Querido Micuccio, te confirmo todo lo que dice mamá. Estate bien y ámame siempre". Se habían puesto de acuerdo en que él le concedería cinco o seis años para que se abriera camino: eran jóvenes y podían esperar. Y durante esos cinco años ya transcurridos, él había mostrado las cartas recibidas a quienes habían querido verlas para destruir así las calumnias que lanzaban sus padres contra Teresita. Últimamente había estado enfermo, a punto de morir y tía Marta y Teresita le habían enviado una buena suma de dinero; él no había tenido conocimiento sino después de haber mejorado; parte del dinero se había gastado durante su enfermedad, pero el resto debió arrancarlo de las manos de sus padres, y ahora venía a devolvérselo a Teresita. El no quería dinero. Había llegado la hora de cumplir el antiguo compromiso. Micuccio se levantó frunciendo el ceño, y soplando de nuevo sus heladas manos, golpeó con los pies sobre el piso.

— ¿Tiene frío? — le preguntó el doméstico al pasar—. Venga a la cocina, estará más Venga a la cocina, estará más cómodo.

Micuccio no quiso aceptar. Volvió a sentarse y a pensar. Algunos instantes más tarde, el ruido del timbre lo estremeció.

— Dorina, es la señora — exclamó el mucamo poniéndose la chaqueta apresuradamente, y dirigiéndose hacia la puerta. Viendo que Micuccio se disponía a seguirla, se detuvo bruscamente.

— Usted se queda aquí; espere a que haya avisado a la señora.

— Oh, oh, oh — gimió una voz en tono somnoliento, detrás del cortinado. Poco después hizo su aparición una mujer grande y gruesa, envuelta en un chal de lana que le llegaba a las narices; arrastraba una pierna y tenía el cabello cubierto de polvo dorado.

Micuccio quedó boquiabierto y ella abrió desmesuradamente los ojos.

— Ahí está la señora — exclamó

— Voy, voy . . . — dijo quitándose el chal, arrojándolo detrás del cortinado.

La aparición de esa hechicera cubierta de pintura y la voz de mucamo produjeron en Micuccio, descorazonado ya, un doloroso presentimiento. Oyó la voz de tía Marta que ordenaba:

— Abajo, en el comedor, Dorina.

Y el mucamo y Dorina pasaron delante de él llevando magníficas canastas de flores. Estiró el cuello para mirar al fondo del corredor la sala iluminada, y pudo ver un grupo de elegantes caballeros que hablaban todos a la vez. Se le turbó la vista y fue tanto su estupor, tan grande la emoción, que no advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas; cerró los párpados y se acurrucó para resistir el desgarrón que le causó una larga y ruidosa carcajada. Era Teresita que reía en la sala.

Una exclamación le hizo abrir los ojos y vio a tía Marta delante de él, con un gran sombrero en la cabeza, entufada en un tapado de terciopelo.

— ¡Cómo Micuccio! ¿Tú aquí?

— ¡Tía Marta! . . . — exclamó él, casi espantado.

— ¡Pero cómo! — continuó diciendo trastornada—. ¿Cómo sin avisar? ¿Qué sucede? ¿Cuándo llegaste? ¡Justamente esta noche! ¡Oh! ¡Dios, Santo Dios!

— Vine para . . . — balbuceó Micuccio sin acertar a decir nada.

— ¡Espera! — interrumpió tía Marta—. ¿Qué hacer? . . . ¿Ves toda esa gente, hijo mío? Es la fiesta de Teresita . . . Espera, espera un instante aquí.

— Si usted . . . — trató de decir Micuccio, la garganta apretada por la angustia—, si usted cree que debo marcharme . . .

— No, no; espera un momento — se apresuró a decirle la buena mujer.

— Sin embargo — dijo Micuccio—. Yo no

sabría adónde ir en esta ciudad y a estas horas.

Tía Marta lo dejó solo, haciéndole señas que esperara, y se dirigió al comedor donde, se entreabría un abismo; se hizo un profundo silencio; luego oyó claras estas palabras pronunciadas por Teresita:

— Un momento, señores.

Se le enturbió nuevamente la vista ante la inminencia de la entrada de Teresita. Pero Teresita no apareció y la conversación se reanudó en la sala. Fue tía Marta quien volvió el cabo de algunos minutos que a Micuccio le parecieron una eternidad; estaba sin sombrero, sin guantes y parecía menos confundida.

— Esperaremos aquí un poco, si tu quieres — le dijo—. Me quedaré contigo. Dorina pondrá los cubiertos en esta mesita y cenaremos aquí. Recordaremos los buenos días del pasado. Me parece increíble encontrarme aquí contigo, muchacho mío, acá, en soledad. En la sala, tú comprendes,

hay tantos señores. Ella, pobrecita, no puede proceder de otra manera . . . Su carrera, comprendes. ¡Grandes cosas, hijo mío! Yo, siempre lanzada por todas partes, como en el mar . . . Me parece un sueño estar contigo, esta noche . . .

Y la buena tía Marta, que había hablado instintivamente, para no darle tiempo de pensar, se puso a sonreír y a frotarle las manos.

Dorina vino a poner la mesa, a prisa, porque allá, en el comedor, ya había empezado la cena.

— ¿Vendrá Teresita? — preguntó Micuccio, con rostro sombrío. Le preguntó sólo para verla, por lo menos . . .

— Claro que vendrá, — respondió la vieja esforzándose en romper esa situación—. En el instante en que tenga un momento de libertad. Me lo ha dicho ella misma.

Se miraban y sonreían, como si se hubieran reconocido. A través de la emoción, sus corazones habían encontrado la manera



de saludarse en silencio. Pero en seguida la buena mujer bajó los ojos para que Micuccio no leyera otras cosas en ellos.

Se frotó nuevamente las manos y dijo:

— ¡Si empezáramos a comer?

— ¡Tengo un hambre, yo! — exclamó Micuccio ya más tranquilo.

— La señal de la cruz, primero; acá puedo hacerlo.

Se persignó.

El mucamo vino con el primer servicio. Micuccio se puso a observar como procedía tía Marta para servirse; pero cuando debió

(Cont. pág. 12)

(Viene de pág. 11)

hacerlo y levantó las manos, advirtió que las tenía sucias por el viaje y se ruborizó confundido. Con el raballo del ojo, observó al mucameo; pero éste, muy amable, le hizo una leve seña con la cabeza acompañada de una sonrisa, como para invitarlo a servirse. Felizmente tía Marta lo sacó del paso.

— Espera, Micuccio, yo voy a servirte. Apenas se alejó el mucameo él también se persigió.

— Querido muchacho — le dijo tía Marta. Y él se sintió feliz, cómodo. Se puso a comer como si no hubiera comido en toda su vida, sin pensar más en sus manos sucias ni en el imponente sirviente.

Sin embargo cada vez que éste entraba en el comedor o salía de él, al abrir la puerta vidriera, de allá venía una oleada de palabras confusas y un estallido de risas. Micuccio se volvía inquieto y agitado hacia allá, luego dirigía su mirada a los ojos de tía Marta, como para leer en ellos una explicación. Pero sólo leía la súplica de no preguntar nada y de abandonar la explicación para más adelante. Y los dos se sonreían de nuevo y volvían a comer y a hablar de su tierra lejana y de los amigos, y de los conocidos de los cuales la mujer pedía noticias.

— ¿No bebes?

Micuccio tendió la mano para tomar la botella, pero en ese instante la puerta del comedor se abrió: un fru-fru de seda, pasos precipitados y un destello...

— ¡Teresita!...

Y la voz se le cortó en la garganta.

Permaneció contemplándola, el rostro enrojecido, boquiabierto. El escote amplísimo, los hombros desnudos y enojados. No la veía como a una persona viviente y real. Qué quedaba de ella en esa aparición. Nada. Ni la voz, ni los ojos, ni la risa.

— ¿Cómo te va? ¿Estás bien, ahora, Micuccio? ¡Bravo, muy bien!... Has estado enfermo, si no me equivocó... Enseguida estaré aquí, mientras tanto mamá se quedará contigo. De acuerdo, ¿verdad?

Y Teresita había vuelto al comedor.

— ¿No comes más? — preguntó tímidamente tía Marta, señalándole el plato.

— ¿Comer?

Movió varias veces los dedos cerca del mentón, como para agradecer y decir: "No, no puedo más". Quedó todavía un momento en silencio. Luego murmuró:

— Cuánto ha cambiado.

Ella también había dejado de comer.

— No hay que pensar — agregó él cerrando los ojos, como hablándose a sí mismo.

Veía Micuccio en ese momento lo insignificante que era y el abismo que se había abierto entre ellos. No, no era más ella. Todo había terminado, y él, estúpido,

recién lo advertía. Bien se lo habían dicho en su pueblo, y él se había obstinado en no creerlo... ¡Qué figura hacía quedándose más tiempo en esa casa. Si todos esos señores, si el mucameo, hubieran sabido que él, Micuccio Bonavino, se había roto los huesos para venir de tan lejos — treinta y seis horas de ferrocarril —, creyéndose todavía el novio de esa reina, ¡cuántas burlas si Teresita lo hubiera llevado consigo a esa sala en presencia de ellos y hubiera dicho: "Escuchad: este joven, este insignificante flautista dice que quiere ser marido mío!"

En ese instante recordó tener el resto del dinero que Teresita le había enviado durante su enfermedad. Se sonrojó y echó la mano al bolsillo donde llevaba la cartera.

— He venido, tía Marta, — dijo precipitadamente —, he venido a devolverle este dinero que me envió. ¡Veo que Teresita ha llegado a ser una... parece una reina! Veo que... ¡nada! ¡No hay que pensar más! ¡Hemos terminado, no hablemos más de eso! ¡Pero dinero, jamás!... Solamente lamento que no esté todo...

— ¿Qué dices, hijo mío?

Micuccio le hizo seña de que se callara.

— No he sido yo quien lo ha gastado; han sido mis padres, durante la enfermedad, sin que yo lo supiera. En fin, pongámoslo a cuenta de esa miseria que gasté cuando... recuerda. No importa... No pensemos más en ello. He aquí el resto. Y después me irá.

— ¿Cómo? ¿Así, de repente? — exclamó tía Marta, esforzándose en detenerlo —. Espera por lo menos que le avise a Teresita. ¿No has oído que quería volverte a ver? Se lo voy a decir.

— No, no — le respondió Micuccio con tono decidido —. Déjala con esos señores: allí está su lugar. La he visto; me basta... Vaya usted también a la sala, tía Marta... ¿No oye como ríen? Me voy.

Tía Marta interpretó mal la decisión de Micuccio; vio en ella un acto de cobardía, de celos. Le parecía, pobre mujer, que todos — al ver a su hija — debían pensar enseguida en algo dudoso y adivinar el secreto.

— ¿Por qué? — preguntó Micuccio leyendo en los ojos de la pobre madre y concibiendo de repente la sospecha que todavía no se le había ocurrido.

La pobre mujer se turbó en su tristeza y se cubrió el rostro con las manos, pero no pudo retener las lágrimas.

— Sí, sí, vete, hijo mío, vete... — dijo entonces, sofocada por los sollozos —. Ella no es más para ti, tiene razón. Si me hubiesen escuchado...

— ¿Entonces?

Esa palabra surgió como un grito, y Micuccio inclinándose sobre la anciana, le sacó a la fuerza una mano de la cara. La mirada con que imploró piedad era tan

grande que se contuvo y esforzándose por hablar con suavidad, dijo:

— ¡Ah! entonces ella... ¿No es ya digna de mí? Está bien, me voy lo mismo... Ahora estoy más decidido... ¡Qué tonto he sido! Tía Marta, no la había comprendido. No flore. Después de todo, ¿qué hacer? Es el destino... Es el destino...

Tomó su valijita y su vieja bolsa que había puesto sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta; recordó entonces que ahí, en la bolsa, estaban los hermosos limones que había traído de su pueblo para Teresita.

— ¡Oh! Mire tía Marta — abrió la bolsa y volcó sobre la mesa los frutos frescos y perfumados.

— ¿Y si me pusiera a tirar todos estos limones que he traído, a la cabeza de esos lindos señores?

— ¡Ten piedad de mí! — gimíó.

— No, no lo haré — respondió Micuccio riendo con una risa amarga y volviendo a tomar su bolsa vacía —. Los dejo para usted, tía Marta. En cuanto a ella, dígame: "Muchas felicidades" de mi parte.

Tomó la valija y se marchó. Pero, al descender la escalera, se doblegó bajo una sensación de tristeza y angustia: solo, abandonado en esa gran ciudad, lejos de su pueblo. Llegó a la puerta. Llovía. No tuvo valor para aventurarse por esas calles desconocidas, bajo la lluvia, y volvió a subir quedamente, hasta el primer descanso. Luego se sentó en el último escalón, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre la manos. Lloraba silenciosamente.

Al final de la cena, Teresita Marnis apareció nuevamente en el pequeño cuarto. Su madre estaba sola, con la cara escondida en una servilleta, mientras en la gran sala los señores charlaban y reían.

— ¿Se ha marchado? — preguntó sorprendida.

Tía Marta asintió con la cabeza, sin mirarla. Teresita fijó los ojos en el vacío, absorta. Luego suspiró:

— ¡Pobre muchacho!

— Mira, — le dijo la madre, sin retener las lágrimas —, te había traído limones...

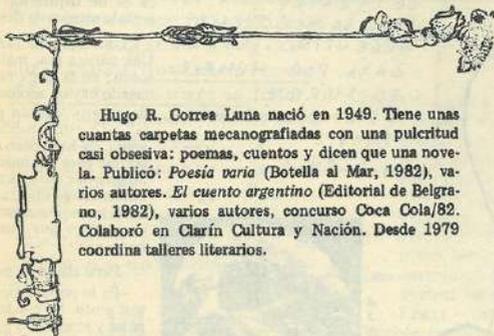
— ¡Oh! ¡Qué lindos son! — exclamó Teresita recobrando su alegría. Y tomó de encima de la mesa todos los limones que pudo llevar.

— No, no los llesves allá — protestó.

Pero Teresita se encogió de hombros y corrió a la sala iluminada gritando:

— ¡Limones sicilianos! ¡Limones sicilianos!...

POESIA DE HOY



Hugo R. Correa Luna nació en 1949. Tiene unas cuantas carpetas mecanografiadas con una pulcritud casi obsesiva: poemas, cuentos y dicen que una novela. Publicó: *Poesía varia* (Botella al Mar, 1982), varios autores. *El cuento argentino* (Editorial de Belgrano, 1982), varios autores, concurso Coca Cola/82. Colaboró en Clarín Cultura y Nación. Desde 1979 coordina talleres literarios.

Araña

*La araña vistió el aire
tejiendo cuellos en el viento inmóvil,
lo enrejó de cristales, respuntes de rocío,
y, en multiplicación de patas y de redes,
amontonó en sus silos
—como falsas barrigas de barro redondeado—
semillas diminutas,
un polen de ocho patas
para invadir los huecos y las ramas
y derramar las tramas de trampas y abstracciones.*

*Un invierno de aliento algodonado
acechando en el aire,
sospechosa ingeniera de rincones;
certeza temblorosa,
la comadre a la espera
entre viejas maderas:
pañuelo entre la vigas y sábana voraz,
nube construída pero sudario en ciernes,
estrella de ruinosos cielo-rasos,
esqueletos predichos por la trama.*

*La muerte teje el aire;
con escarcha de insectos va adornando
los huecos de collares
y deja un enjorjado de moscas y de élitros:
constelación reseca,
chatarra suspendida de antenas y de artejos
y en el centro el espeso camafeo;
la araña aferra el cielo por las patas
y parece dispuesta a succionarlo.*

*Si la noche se enreda en esa tela
y el sueño tejedor la cambia en arpa,
qué mudo desconcierto,
qué torpeza de dedos en la araña
sin música su fría geometría,
pero en brisa le baila suave enagua
enhebrando el silencio:*

*Espuma de la luna,
un fino tallo dulce,
una fiesta de nieve,
una guirnalda de sutiles hilos,
una hebra, una brizna visceral,
una cinta en el viento
y al centro de la cinta el camafeo
cifñéndole el cabello a los recuerdos:
de vez en vez, de paz en paz, a veces,
la memoria se traba en una araña.*

Octubre de 1983

Hugo R. Correa Luna

MONSTRUARIO

Cabaret

empleado, domiciliado Via-
monte 1308, piso 15, Capital
Federal y.

*Considerando:

"Que el día 21 del corrien-
te, siendo la hora 17.20 apro-
ximadamente, el Subinspector
Daniel González Canet, se-
cundado por el Cabo Nicó-
lás Romero, ambos de la ci-
tada dependencia, de servicio
en el estadio del Club De-
fensores de Belgrano con mo-
tivo del encuentro de fútbol
entre el equipo local y el de
Flandria, observó una vez fi-
nalizado el partido, como, im-
previstamente, el juez de lí-
nea que tenía el banderín
amarillo y que se dirigía a
los vestuarios, se dirigió a
la tribuna en un movimiento
de pasada que realizó, tomó el
dedo pulgar y el índice de
su mano izquierda y unién-
dolos realizó un círculo con
ello, para posteriormente con
el índice derecho introducirlo
repetidamente en dicho círcu-
lo, haciendo que la gente
que se encontraba en las tri-
bunas y que vieran su accio-
nar, se fueran contra la
alabrada, provocando un
gran desorden y alteración
del orden público. Que dete-
nido e interrogado resultó ser

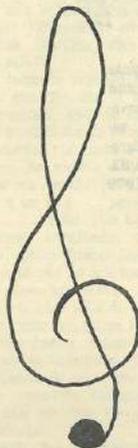
LA NACIÓN

25-7-79

NO TODOS

TUVIMOS

LA OPORTU-
NIDAD DE
ASISTIR A
LOS CURSOS
DEL CONDE
de CHIKOFF



DE LA ENTREVISTA PU-
BLICADA POR TIEMPO
ARGENTINO, REALI-
ZADA POR HUMBER-
TO MARQUEZ -
FOTO: VICTOR BRU-
BICY -
4-3-84



ASTOR PIAZZOLA

—Usted dice que su músi-
ca es de izquierda, ¿cuál
sería la música de derecha?

—Una música fascista.
Una música fea, mala. No-
sotros, en la jerga musical,
cuando hay un acorde feo lo
llamamos "acorde peronista".
Te estoy hablando de
ahora, de hace poco tiempo;
porque para los músicos, la
imagen que dio el peronismo
es una imagen fea, así como
irse a la playa con una pava
y un mate es una imagen fu-
lera.

—Pero eso es lo popular.
—Es lo popular pero es de
mal gusto. Se puede ser po-
pular y tener buen gusto. Se
puede ir con una bolsita y un
sandwich, pero no con una
olla con fideos adentro. Co-
mo hacen los tanos en Italia,
cerca de Roma, vos vas a la
playa y sentís un olor a tuco
que te morís. Creo que hay
que tener gusto en la vida.

Este picarón toma mate todos los días

Sex
Secret
of the
GAUCHOS

PERPETUAL PASSION POWER

... it's YERBA MATE

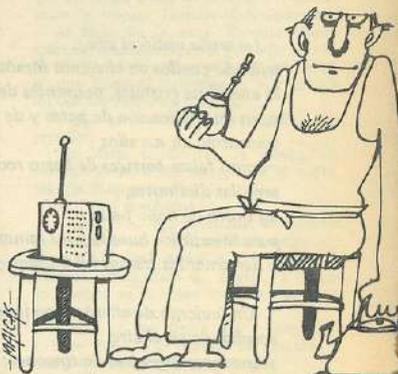
the traditional potion of the virile
gauchos of South America that re-
stores the sex drive of youth.

100% Pure • No Drugs • Money-Back Guarantee
60-day supply — \$5.00 post-paid

Send cash, check or money order

YERBA MATE S3

15748 Plymouth Rd. Detroit, Mich. 48227



"El
secreto sexual de los gauchos. Poder
de pasión perpetua... es la yerba ma-
te, poción tradicional de los viriles ga-
uchos de América del Sur que repone la
conducta sexual juvenil.

Pureza ciento por ciento. No es dro-
ga. Provisión para sesenta días: cinco
dólares."

Reproducción fotográfica de las páginas 13 y 14 del libro Novísimo arte de escribir cartas de Gery Willmans (de acuerdo a la portada). La parte superior de las páginas dicen que fue escrito en colaboración. Suponemos que ha sido escrito en colaboración con



Un intelectual apoya al Gral. Menéndez

EL OBSERVADOR

Señor Director:

En el número 13 de *El Observador*, el colaborador Gustavo Adolfo Druetta ha agraviado, desde el título, al general Luciano Benjamín Menéndez. Aunque no tengo el gusto de conocer a este militar sé, por amigos comunes y por su destacada actuación pública, que se trata de un general honrado, patriota y corajudo.

En una palabra, nada que ver con lo que el señor Druetta lo califica. Democracia es una cosa, pero no es posible ampararse en la democracia para ejercer la

insolencia.

Espero que el señor Druetta o *El Observador* se retracten del calificativo de intelectual con el que han querido enlodar a un militar tan íntegro y tropero.

Hugo Ezequiel Lezama
(intelectual)

UCCINA Y WILLMANS

LIGERAS NOCIONES DE ORTOGRAFIA

-ORTOGRAFIA.— Se deriva de las palabras griegas: Orthos: Derecho rectamente y "GRAFEIN": escribir. Nuestro lenguaje tiene su origen en el alfabeto latino derivado a su vez de la escritura fenicia. Su estudio comprende cinco puntos principales: Palabras (su ortografía) "ACENTUACION". "PUNTUACION". "USO DE LAS MAYUSCULAS" y Abreviaturas.

SE ESCRIBEN CON "B": La mayoría de las voces que llevan dicha letra: Biblia. - Bondad. - Bienes. - Badajo. - Biblión. Las terminaciones del pretérito imperfecto del indicativo de los verbos terminados en ar: Amar - cantar - oscilar - sonar - llegar - pensar - lavar.

Verbs terminados en bir: Escribir - subir - suscribir - concebir - cohibir - inhibir - prescribir.

Las terminaciones bilidad, hundo. "Divisibilidad". Habilidad. Vagabundo.

Formas de verbos beber y deber. Bebió. Bebera. Debiese. Cabillo. Habrá. Sabía.

Antes de consonantes: Lóbrego. Objeto. Brazo. - Abyección. Abstraer. Hambriento.

SE ESCRIBEN CON "V" las palabras que comienzan con ll: Llave. Llovió. Llaverero. Lluvioso.

Los vocablos que comienzan con la sílaba ad: Advenir. Advenedizo. Adversidad. Advocación.

La C presenta muchas dificultades, conviene ejercitar: CE y CI. Presenta dificultades: Aceptar. Cínico. Sino. Cocido. Cosido. En los derivados escritos con Z: Piecesita. Perdices. Mocetón. Felices. Voraces. Audaces.

Muchos vocablos con "Ción": Oración. Sensación. Moción. Unión. Oposición. Los esdrújulos terminados en ceo y cea: crustáceo. Cretáceo.

SE ESCRIBE CON "H": Carece de sonido. Haber. Hombre. Honor. Hábil. Hijo. Hablar.

NOTA ACLARATORIA.— La ortografía, es un puntal esencial para la redacción correcta de cartas en general, de manera que recomendamos a nuestros lectores leer a menudo un libro sobre ortografía y consultar un buen Diccionario.

CLARÍN - 26-2-84

ARQUITECTO/A

CON VOCACION VENDEDORA

Para promoción, asesoramiento y ventas de aire acondicionado y cortinas de aire.

DIRIGIRSE POR CARTA, INDICANDO ANTECEDENTES A SR. PRESIDENTE

MICROCLIMA S.A.

Conguito 1988 4° piso (1040) Capital Federal

ENTREVISTA A AUGUST STRINDBERG

Un viejo solitario, setenta y cinco años después

— ¿Qué recuerdo le ha quedado más grabado de su infancia?

— Todo cuanto he vivido de niño me ha causado una gran impresión, ya que era hipersensible tanto a mis propios sufrimientos como a los ajenos. Nadie se atrevía, por ejemplo, a castigar a mis hermanos menores de forma que yo pudiera oír o contemplar la escena, puesto que podía interponerme y enfrentarme a sus verdugos. Los ultrajes y las injusticias me impactaban hasta tal punto que a la edad de siete u ocho años (no me acuerdo muy bien) intenté quitarme la vida. Solía llorar por cualquier causa, lo que me ha valido un perverso apodo; a veces lloraba "por nada", o de dolor por estar en el mundo. Tal vez ya adivinase mi horrendo destino.

Nací amante de la verdad y de la justicia, pero me han acusado de ser envidioso por censurar que otro, con menores méritos que los míos, me desplazase; y me han acusado de ser vengativo cuando no he olvidado al punto toda injuria, aunque los otros jamás me perdonasen. He observado con mucho detenimiento a los demás para corregir mi propio comportamiento. Lo que los otros se permitían hacer, yo juzgaba que también podía permitírmelo; pero eso no era así en realidad; ellos eran mucho más estrictos conmigo. Aclarado este punto, reconozco plenamente mis defectos: alguna vez he mentido —por temor, cobardía o vengüenza—, pero los remordimientos fueron tales que me propuse de buena gana no volver a hacerlo. Fui obligado, mediante tortura, a decir por primera vez una gran falsedad, asumiendo personalmente una falta cometida por otro. En otra ocasión, en cambio, dije una cosa que no era cierta por mero capricho, o como consecuencia de una inspiración diabólica que no sabía explicar. También he robado frutas, por supuesto —siempre retorna la imagen de aquel viejo ciruelo—, aunque lo sorprendente del caso es que me denunciara mi propio cómplice y que yo, incomprensiblemente, no lo haya denunciado a su vez para proyectar en él mi falta. No puedo explicarme el motivo, puesto que no era generoso hasta ese extremo; quizás no lo hiciera por vergüenza ajena, por lo vil de su conducta tras haber participado en el hurto. Cuando mi madre empezó a refirme y se puso a hablar de la policía y los tribunales,

me quedé petrificado de horror, pero al mismo tiempo de asombro porque pudiera existir tanto rigor, por una pocas ciruelas. Describiré brevemente las circunstancias del caso. Vivíamos en una granja con mucho terreno, dividido entre los campos de cultivo de tabaco y las vastas praderas. Bastante lejos de la casa, un vecino tenía un huerto con varios ciruelos, orillando la cerca divisoria de ambas fincas, y por encima de ella asomaban las ramas de esos hermosos árboles. El vecino era un viejo bonachón, sin hijos, que jamás se acercaba al huerto y dejaba que las frutas se pudrieran allí donde cayesen, quizás por miedo al cólera de 1864, año en que las ciruelas adquirieron mala reputación tras ser erradicadas del mercado de Munkbron, en Estocolmo. Pues bien, muchos árboles asomaban sus ramas por encima del cerco, y las ciruelas solían caer de nuestro lado. Comenzamos recogiendo las frutas del suelo, y a continuación trepamos a los árboles, abiertamente y sin escondernos. Ahora comprendo aquel temor de mi madre, ya que si hubiéramos dado con un granjero más avaro habríamos corrido el riesgo de ser denunciados. Con todo (puedo decirlo ahora que ya tengo sesenta años), cuando a los veinte años, siendo estudiante, regresé a la granja, pude comprobar que precisamente ese ciruelo se había secado, mientras que los otros no. Esto me causó una profunda impresión, una impresión terrible, ya que me hizo evocar la higuera maldicida por Cristo.

El recuerdo más intenso que guardo de mi infancia se refiere, naturalmente, a la muerte de mi madre, y al comportamiento de mi madrastra incluso antes de que hubiera terminado el año de luto. ¡Era algo indescriptible! Mi madre nunca me quiso; tenía preferencias por otros hermanos, pero lloré mucho por ella, y desde que murió empecé a sentir que no pertenecía a la misma familia que mi padre y mis hermanos y hermanas, me sentía ajeno a toda la raza humana. Mi padre siempre me ha causado la sensación de un poder hostil: ¡él tampoco me soportaba! ¡Qué incómodo resultaba ser joven! ¡Basta ya!

— ¿A qué se debe su elección, desde un primer momento, del género dramático?

— ¡Es difícil explicarlo! Intenté escribir algunos versos cuando era adolescente.

Después decidí ir al teatro para convertirme en actor, pero fracasé en el examen. Tomé una cantidad de opio para suicidarme, y me encontraron aún vivo, echado en el sofá (el opio no me afectaba excesivamente) y me obligaron a salir de la habitación. Al día siguiente me sentí presa de una rara fiebre, y en dos días escribí una pieza de teatro en dos actos. Durante los dos o tres meses siguientes, escribí una obra en tres actos, otra en verso en cinco actos (Hermione) y comencé un gran drama sobre Jesucristo, que sin embargo quedó inacabado.

Me resultaba mucho más fácil escribir dramas. Los personajes y acontecimientos tomaban forma, se entrelazaban, y el ejercicio de esta labor me ha brindado tanta satisfacción que he podido asumir la existencia como pura beatitud, de modo que el ejercicio de la escritura se prolongaba a sí mismo, y así ha venido siendo hasta hoy. ¡Sólo de esta manera puedo vivir!

— ¿Porqué se siente tan estrechamente ligado a la naturaleza del archipiélago?

— Todo comenzó a modo de revelación, cuando a los diecisiete años —revisé nuestro archipiélago por primera vez. Participaba como voluntario —cabo segundo— en las maniobras de Tyresö. Una mañana de primavera estábamos todos, muy temprano, formados en línea de tiradores, en un bosque emplazado en la cumbre de una alta montaña. Improvístamente quedé al borde de un acantilado y pude ver el mar, y las islas. Pero no podía creer lo que veía; el mar azul se asemejaba al cielo, y los islotes eran como nubes nadando en ese azul inmenso . . . Me quedé en éxtasis y rompí a llorar (todavía lo hago). Aquello no era la tierra ¡era algo distinto! ¿Qué era? ¿Un recuerdo ancestral? No lo sé. Pero después de ese momento siempre he deseado regresar, ¡y aún lo deseo, a pesar de todo! Hace sólo tres años tuve esa misma impresión maravillosa al ver las primeras grandes bahías: notaba en ellas algo supraterrrestre, ¡era como si ascendieran, como si no estuvieran a nivel del agua! La soledad, el silencio, la pureza del agua, donde la mera presencia de una casa, una granja o un campo resultaba desagradable y molesta.

—¿Cuáles de sus dramas considera que han sido mejor representados y por quienes?

— Mi primera gran época se la debo a Ludvig Josephson, que me rescató del pozo del olvido. La segunda mejor época fue con Ranft; se representaron muy bien "Gustav Vasa", "Erik XIV", "La saga de los Folkungar", "La novia coronada" y "El sueño". Pero viví momentos muy felices con "Personne", con "Crímenes y crímenes", "El camino de Damasco", "Pascua" y "Carlos XII". Y, por otra parte, no puedo hablar de Falck, ya que estoy directamente interesado.

— ¿Cómo escribe usted sus obras?

— Pues verá, no lo sé muy bien. Todo empieza con una especie de fermentación, algo así como una fiebre agradable, que se transforma en éxtasis o embriaguez. A veces es como una semilla que germina, que atrae todo el interés, consume cuanto yo he vivido, aunque sin dejar entretanto de escoger y descartar. Por momentos me creo un médium, porque todo se desenvuelve tan fácilmente, a medias en forma inconsciente, ¡tan sólo con un poco de cálculo! Eso dura a lo sumo tres horas (en general entre las 9 y las 12). Y cuando termina ¡el mundo vuelve a ser tan fastidioso como antes; hasta la vez siguiente. Pero esto no ocurre a voluntad ni cuando a mí me gustaría que fuese. Llega cuando le da la gana, aunque principalmente después de las grandes derrotas.

— ¿Cómo transcurre un día normal en su vida?

— Hasta hace muy poco pasaba el día de la siguiente manera: Me levantaba a las siete; no puedo quedarme durmiendo hasta más tarde, porque a esa hora empiezan a oírse golpes en las paredes y necesito saltar de la cama. Preparo mi café —nadie puede hacerlo en mi lugar, en eso soy como Balzac y Swedenborg— y salgo a dar un paseo. Si no he bebido alcohol la noche anterior, el sólo hecho de vivir y caminar encierra positivamente una gran voluptuosidad. Por las mañanas siempre hay alguna cosa que colma mi espíritu de juventud, de renovación, y que se evapora con el rocío. A mediodía la jornada diaria ya está semi-gastada, y por la tarde, principalmente hacia las seis, ya está completamente marchita, sucia y mal afeitada. ¡Si supieran los que duermen toda la mañana lo que se pierden!

Así pues, después de una hora u hora y media estoy de vuelta en casa. Advierto a los moradores de la casa que no me dirijan la palabra, para evitar que les ocurra algún infortunio. Entro empapado en sudor

y me desvisto hasta la cintura, y a continuación pongo manos a la obra: escribo en papel amarillo "La Ruche" de las papeleñas de Lessbo, con Sir Josuah Masons 1001 y tinta violeta oscura de Antonie Filis. Y todo marcha, fumando de manera ininterrumpida hasta mediodía.

Entonces mi capacidad se agota y debo dejarlo; me voy a dormir para levantarme como nuevo, abro la correspondencia, leo y escribo cartas, duermo otra vez, me siento muy cansado para comer. Permanezco en ayunas hasta las tres, contando con que así la comida tendrá mucho mejor sabor. Después como algunos entremeses con un vaso de aguardiente, sopa, carne o pescado y también bebo un vaso de cerveza. Nunca concluyo con café. Los domingos suelo tomar vino, movido todo por el ambiente general que me rodea, ya que el vino nunca me ha atraído mucho excepto en compañía y para celebrar algún acontecimiento. Más tarde duermo una buena siesta; es una costumbre que tengo desde los doce años, me levanto hacia las seis de la tarde y debo afrontar el horrible problema de pasar el tiempo solo hasta las diez. Cuando no cenaba, necesitaba otra cosa. ¡Era la bebida! Voy a contarle esto con toda sinceridad. Aunque nunca fui alcohólico ni un borracho, he bebido y he visto en la bebida una dádiva sin la cual nunca hubiera podido soportar la vida. Dice el proverbio (sin que por ello quiera animar a nadie a convertirse en borracho): "No corresponde a los reyes beber vino, ni a los príncipes ir en busca de licores ardientes, por temor a que bebiendo olviden la ley y desconozcan los derechos de los desdichados. Dad bebidas fuertes a los hombres yacientes y vino a quien tenga el alma empañada de amargura; que beba y olvide su pobreza y que ya nunca recuerde sus penas".

Si toda la nación estuviera alcoholizada, como en tiempos de Per Wieselgren, Anders Retzius y Samuel Owen, y fuera preciso que yo diera el ejemplo, me pondría ese sacrificio. He probado la abstinencia, pero eso no me ha vuelto mejor; sólo conseguí aburrirme, la vida se me hizo más dura y mi trabajo mucho más difícil.

Por la tarde suelo tocar el piano, pero ni se le ocurra llamarme pianista, ya que tan sólo tecleo algunas melodías que he aprendido por mí mismo. Entre la música de piano prefiero a Beethoven, aunque no todas sus obras, Haydn, Bach, mientras que no resisto los trinos de Mozart (excepto la *Sinfonía en sol menor* y fragmentos de su *Requiem*). Me gusta la sonata en mi menor de Grieg. Otros de mis compositores favoritos, un poco más elementales, son Chopin

(Cont. pág. 18)



(Viene de pág. 17)

(pero sólo tres piezas); Mendelssohn: sobre todo su *Capricho* en mi menor, *Sueño de una noche de verano* y *Las Hébridas*; Weber: la *Obertura de Oberon* y del *Freischütz*; Nicolai: la *Obertura de las alegres comadres*; Rossini: *Stabat Mater*, *Obertura de Guillermo Tell*; Mascagni: *Introducción a Cavalleria rusticana*; Boito: *Mephisto*; Gounod: *Fausto* y *Romeo*; David: *Lallah Rookh*; Ganne: *Marcha lorenesa*; Peterson-Berger: *Frösö Blomster*; etc.

¿Cuáles son mis lecturas preferidas? Acabo de releer a Walter Scott con muchísimo gusto, a Victor Hugo con mayor satisfacción aún, y a Dickens no tan satisfactoriamente. Hace uno o dos años, cansado de Uberkultur, leí todas las novelas de Marryat y tuve la impresión de que este hombre debió ser muy feliz, con su pueril fe en Dios y una vida estrechamente comprometida con las consecuencias de esa fe. En cuanto a Balzac, puedo leer sus obras en todo momento.

Tras tocar el piano dejo que el tiempo pase sin hacer nada, con o sin un whisky —ya que no bebo todas las noches— hasta que se hacen las diez. A esta hora tomo un baño de pies con agua fría, bebo un vaso de leche helada y me acuesto; nunca leo literatura en la cama, tan sólo un viejo libro religioso. ¿Así es como espero la llegada de la noche! Mis horarios han cambiado un poco desde el verano pasado, pero no vale la pena hablar al respecto.

¡Hace un año y medio que no leo los diarios! El tiempo adquiere así una dimensión más vasta, todas las pequeñas cosas que nos alteran pueden mantenerse a distancia; ya no me expongo a esa lluvia de puntas de aguja, puedo quedarme en paz con mis ideas y conservar la calma que he llegado a conquistar. Pensar que uno no puede vivir sin periódicos no es más que una superstición, y yo recomiendo la abstinencia, cuyo efecto es parecido al de un sanatorio.

Me entero de los grandes acontecimientos mundiales una vez por semana, a través del *Die Woche*, y eso me resulta más que suficiente. No conozco otros placeres, y me basta con una velada de Beethoven en casa de vez en cuando. Asistir a locales públicos se me ha vuelto imposible desde que mi persona empezó a ser tan notoria. He nacido hurano —como mi padre— y la gente me da miedo; me siento mucho mejor en casa.

No tengo muy buena opinión de los hombres. No los quiero especialmente y tampoco ellos me lo piden, ya que no somos tan amables como para eso.

NOTA: Esta entrevista fue publicada en Enero de 1909 en *Bonniers Mandshäften*.

Carta a

HUMBERTO COSTANTINI

Marzo de 1984

Humberto Costantini:

Te devuelvo el poema que me diste para publicar en la revista. Te mando el original y la prueba de galera.

Te voy a explicar por qué decidí no publicar.

Vos me habías dicho que le íbas a contestar a Liliana Heker sobre la cuestión del exilio. La posición de Liliana es conocida y sin duda polémica, así que no me resultó sorprendente tu desazón. Lo que no se me ocurrió en ningún momento es que íbas a contestar sin apelar a las ideas ni al pensamiento. Un escritor no se puede dar esos lujos, más aún si viene —como vos siempre recordás— de un partido de izquierda. Ni acá, ni en ninguna parte del mundo es lícito. Yo no pongo en duda todo lo que podés haber sufrido cuando: "A la distancia percibíamos la pérdida del país, no sólo su distanciamiento. La Argentina se nos diluía, se esfumaba...". Y luego te preguntabas "¿Qué importaba que hubiese un territorio con el nombre querido si perdíamos nuestra condición?" (*Clarín-Cultura y Nación*, 9/2/84).

No voy a discutir quien sufrió más, ni quién fue más valiente. No sólo no me parece fundamental, sino más bien absurdo. Lo que sí te digo (y la cuestión no era exclusiva de los escritores) es que acá nadie le pasó bien. Salvo, por supuesto, los milicos, los alcahuetes, los que se enriquecieron especulando en la patria financiera. Y nadie más. En esto estamos todos de acuerdo.

Ignacio Xurxo dijo que no vos un orfebre de la discusión, esa es una verdad de fierro. Pero aun así, es desmedido que a vos se te ocurran estas desafortunadas palabras: "existieron pequeños grupúsculos, insignificantes que de pronto, quizá por afán de figuración, inventaron una

supuesta polémica con Cortázar, gente como Abelardo Castillo y Liliana Heker que se permitieron hablar más que despectivamente de los exiliados. Las palabras que leí en aquellos editoriales podrían haber sido perfectamente suscritos por Harguindeguy y Videla". (*El Observador* Nro. 13). Hay algo que me dice que vos a esos editoriales no los leíste o que en Méjico las palabras quieren decir cosas que nosotros, acá, ignoramos por completo.

Yo era integrante de El Ornitorrinco, era integrante de ese grupúsculo insignificante. No escribí ninguno de los textos referentes al exilio, ni creo estar obligado a estar de acuerdo con todo lo que allí se dijo y se discutió. Pero de lo que sí estoy seguro es que no integré revista, secta, partido, ni nada, donde sus componentes pudieran haber suscritos palabras que podían haberse confundido con las de Videla o Harguindeguy.

A tu acusación no la voy a calificar, porque es inalicible.

Acordate que hace unos días, en la presentación de tu libro "De dioses, hombrecitos y polifías", al contestar a una pregunta que te hizo la madre de un desaparecido, te comprometiste públicamente a quedarte en el país pese lo que pase. Si la mano viene pesada —pregunto—, ¿quiénes van a ser tus amigos?

El poema que te pedí y me entregaste no puedo (ni debo) publicarlo. Este año van a aparecer estos dos libros tuyos; existen traducciones de tus obras que están dando la vuelta al mundo, así que la publicación de un poema en una revista como la nuestra, casi secreta, hecha con un enorme esfuerzo, no te agrega ni te quita nada.

¿Vos te acordás cuando guardabas El Escarabajo de Oro en el portafolios?

Decime, Caché, qué te pesó.

Hasta otro día.

Ricardo Maneiro

TARDE,

CASI NUNCA

Una amiga y suscriptora nuestra, Norma Blanca Fernández, se presentó al *Concurso Internacional de Novela para Escritores de Habla Hispana — PREMIO ANUAL ATLANTIDA 1981* (no hay error: 1981), el jurado estaba compuesto por Beatriz Guido, Marco Denevi y Jorge Montes. Ahora, casi tres años después, le comunican que a su novela *Ana... Soledad*, le habían concedido una mención.



AMARU

revista literaria

Directores: JUAN C. GIMENEZ
NURIA PEREZ JACKY

C. C. 33
1824 - SUC. LANUS
PCIA. DE BUENOS AIRES
ARGENTINA



Explicación falsa de la ausencia

a Susy y Néstor Sánchez

cuento de Jorge Manzur

Este cuento pertenece al libro Tratos inútiles (Editorial Legasa) que próximamente estará en las librerías. Es el quinto libro de este notable escritor argentino.

Obras anteriores: Poemas libres (1972) - Riesgos nocturnos (cuentos, 1977) - Bajo palabra (cuentos, 1980) - Tinta roja (novela, 1981).

Los primeros colores que pude recordar fueron el azul —que tanto extraño— y el violeta, seguramente, porque fue el último que compartí con ella.

De noche, a eso de las cuatro de la madrugada, y con el asco que suele provocar el exceso de ginebras solitarias, esos fueron los colores que pude reconstruir desde esta oscuridad inmodificable.

Cuando era chico, lejos de la metrópoli que me ha hecho suyo y muy cerca del perfil de absurdos y maltratados terraplenes, por donde aún hoy habita una raquítica y falsa vía de ferrocarril, para distracción de los turistas que nada supieron de mí, el azul y el violeta, muy atrás, tuvieron que ver con alguna lágrima derramada prematuramente por esta mujer que ya no está.

Será porque hay cosas que se repiten, hacia atrás y hacia adelante se repiten, contra nuestra propia voluntad; se condensan y se instalan, con ciertos rasgos prepotentes, será por eso, y ya no queda otro remedio que esperarlas, cada tanto, con la sola defensa que tenemos: saber, con certeza, que año tras año volverán codiciando de nosotros un golpe mortal, un tajo profundo que nos haga arrepentir de haber creído que siempre se puede volver a empezar.

Azul y violeta, dije, y no es lo que quiero contar.

He mentido como me mintieron. Estoy falseando la historia con el único pretexto de poder invocar a Matilde, tan amada y lejana, definitivamente incorporada a estos dos colores que ya no puedo ver.

Desde el 17 de octubre su perfil ya no se dibuja sobre la pared que testimonia la gira de Sarah Bernhardt por el Farwell Tour American (1905-1906). Desde ese día, insisto, tercer domingo de octubre, día de la madre y de la lealtad peronista, las sábanas de mi cama sólo han podido retener algunos olores de ella, todos insustituibles; alguna mancha pálida, prueba de una noche de amor hasta el hijo que no hicimos, hasta el jadeo exuberante que ya no tendremos ninguno de los dos, quiero decir, esa mañana Matilde amada y extrañada dijo hasta aquí doy, no puedo más, el aire está viciado quiso decir, aunque ya no sé si lo dijo o esta oscuridad me hace inventar los diálogos, ya no importa, ni a ella le interesa que en las despedidas crueles se produzca mucha



literatura, uno se anime a la creación sin darse cuenta; le ponga música a las palabras que jamás volveremos a repetir, insisto, Matilde no dijo nada o murmuró: basta, no me encierres, no reproches, no hay marcha atrás, qué carajo gritó Matilde y nos dejó a ambos con la boca abierta. Creyendo, hasta último momento, que nada había sido en vano; que mi esfuerzo, por ejemplo, de elegir el violeta para despertarla un día antes y cambiarle el día, realmente, era un gran paso; que mis pequeñas caricias recorriéndole el cuerpo, y el llanto de él, bajo el dintel de la puerta, le indicarían que debía mucho si dejaba; que al carajo con tanta historia de querer refugiarse en el rincón adolescente que le ofrecía una arrebataadora carta, esa excusa, cuento y cuento que nada tiene que ver con nosotros dos, para dejar en realidad lo único vivo y amado por Matilde, aunque él siga llorando y desde la otra punta del mundo se quiera detener la historia, hacerla retroceder, mandarla atrás como si nada; hacer añicos lo que hemos ganado juntos en este país de perdedores, de altivos sobrevivientes, de corajudos miedosos.

No soy claro y lo reconozco. También sé, al margen de cualquier oficio literario, que no corresponde que lo sea. No es cuestión de hacer trampas, pero cada cosa tiene su secreto, su delicado encanto que, para multiplicar su efecto, para crecer en la mentira, debe ser contado oportunamente.

La llegada de él a casa, por ejemplo.

Si yo al menos hubiese intuido que él podría llegar a tener algo que ver con una eventual partida de Matilde, jamás se me hubiese ocurrido traerlo a vivir con nosotros. Además, aunque hoy deba reconocer que entre ellos se concretó una relación

extraña, muchas veces clandestina e insultante para conmigo, nunca se me cruzó por la cabeza que sus méritos fuesen tales como para disputarme a Matilde.

Algún amigo que hoy no puedo recordar me alertó, bastante convencido, de los riesgos de los tres en la misma casa. A decir verdad, me pareció estúpido su recelo. Y lo digo yo, que para eso tengo un olfato enfermizo, imprudente. Hasta me animaría a decir que es inductor de traiciones.

Sin embargo hoy, desde esta dolorosa e inmerecida oscuridad, reconozco su razón. Pero ya es tarde. Yo estoy como estoy y el perfil de Matilde sobre la Bernhardt no aparece, los olores se diluyen, día a día, y mis piernas se han debilitado porque ya no cabalgan aferradas a ese cuerpo perfecto que con el solo roce del mío temblaba, se estremecía, sacudiéndose, y pedía y pedía, porque así nos amamos y el gorgiote de todas las mañanas se apagó, quiero decir, me cago en dios y en las estupideces que distraen a Matilde y hacen que no vuelva, aunque yo hoy guarde, como su nombre, el azul y el violeta para ella y me sobresalte cuando el ascensor infame activa el automático en el quinto piso y él corre hasta la puerta y es un fraude; no es ella, nunca será, y ojalá vuelva se me ocurre decir y sí queda llorando una vez más bajo el dintel de la puerta del dormitorio y no se anima a entrar porque también le duele la ausencia.

Está bien, les he vuelto a mentir, a dispersar el relato. Pero lo diré aunque me cueste: puedo perdonarla a ella pero para nada quiero ser contemplativo con él. Si yo lo traje a casa no fue para que me hiciera lo que me hizo. Más aún: él debía sentirse culpable por todo lo que me robó y cómo me fue desplazando hasta en las comidas, en las atenciones que requería permanentemente de Matilde, que siempre supo equivocarse a tiempo. Como en su partida.

Thl ve no habrá sido lo mejor para ella, pero estoy seguro de no haber sido lo peor.

Acaba de detenerse el ascensor hijo de puta en el quinto piso y dos gordas grasosas socializan su aburrimiento, mientras la trábex confirma, desde su inmovilidad, que Matilde no regresa a casa.

Sigamos.

Muchas noches llegué de la oficina buscando la perfección de sus senos o la pequeña pendiente que me ofrecía su vientre, mientras Keith Jarrett nos aplacaba con *My Song*, al comienzo, y luego nos obligaba a prolongados juegos con los cuerpos. Pero muchas noches, también, ese espacio antes exclusivo fue para él. No sé por qué lo toleré, y la historia—por cerrada—ya no quiere explicaciones que no conducen a nada. El no podía darle el hijo que yo aún puedo darle, pero el placer es otra cosa. Ella misma me lo dijo.

La mujer es algo extraño. Suele reclamar caricias y la cachetada la calma, la acomoda. Como la caricia, pero como la cachetada es lo malo.

Como sucedió la partida no tiene importancia. En todo caso habrá que apuntalar la posibilidad del no retorno para que esta oscuridad no se vuelva más densa, más insostenible. Eso pensé yo, claro, pero esa eventualidad fue la que no quiso atender él, y aquí están las consecuencias.

El primer día que debimos afrontar sin Matilde en casa, él se limitó a no querer comer. ¿Sabés una cosa? le dije: te vas a morir. Vos estás mal acostumbrado, eso es lo que pasa, le dije, y él ni se inmutó. Pegó media vuelta y se fue al escritorio. Fui tras él y, tal como lo suponía, lo encontré mirando fijamente el cuadro de Sarah Bernhardt. Al igual que con la comida, cuando repetió esa escena frente al cuadro los días sucesivos, noté que buscaba en esa imagen un dato innecesario, casi diría pueril. Está bien que ése haya sido el lugar preferido por ambos y que Matilde, en agosto pasado, le dijera que así daba gusto ser actriz, pero su mirada iba mucho más allá, como preguntándole quién era y adónde

estaba ahora. Reprochándole, por qué no, el haberlo dejado conmigo, cuando en realidad todo lo maravilloso en los últimos tiempos sucedía entre ellos. Yo era perfectamente consciente de todo lo que nos había sucedido hasta la partida. Después, incluida la absurda decisión de Matilde de irse de casa, por supuesto que no. Pero de todo lo anterior podría escribir un informe que quinientas páginas. El, en cambio, no podía hacer nada de eso y desde esa imposibilidad intentaba buscar una justificación que me hiciera a mí exclusivo responsable de la partida de Matilde.

El sabía o sentía que todo lo anterior vivido sin Matilde había sido precario, detestable. Inútil. En eso, ambos coincidíamos. El asunto nos ponía irreconciliables en cuanto al amor por Matilde. Yo podía darle cosas a ella que él—salvo compartir el rincón del cuadro—no podía ni imaginar, remotamente. Yo, por mi parte, era tan distinto, que tampoco sabía hacer lo suyo. De alguna manera, en los tiempos de mayor armonía, los dos fuimos imprescindibles para Matilde y, también, complementarios.

Como dije, al detenerme en la mecánica de él, tras negarse a comer, me hice mi lugar frente al cuadro de la Bernhardt, desalojándolo finalmente. En ese lugar, pese a lo que había creído y fabulado en un principio, no podía leer ni escribir una sola línea. Al darme por vencido, ese espacio fue ocupado otra vez por él.

Al síntoma de no querer comer, se agregó luego que con cada ascenso o descenso del ascensor, él corría para recibirla y ser así el primero en darle la bienvenida a casa. Yo lo dejé. Al fin de cuentas ambos habíamos adquirido en todos estos años el derecho a amarla como la amamos.

Al pasar los días las cosas fueron cambiando. Las actitudes entre nosotros dos fueron alterándose sustancialmente. Digamos que se operó una modificación estructural en la relación. Más que respeto e independencia comenzó a crecer una oscura y sospechosa indiferencia.

Yo, opté por no decir nada.

El no podía.

En silencio, cada uno en su lugar preferido o ganado al otro, esperábamos que el regreso de Matilde y el destierro de la ausencia pusiese las cosas en un justo equilibrio.

Por un oculto temor, también, hice concesiones que no estaban en mis cálculos. Por ejemplo dejarlo que ocupase también el dormitorio. Por una rara e inexplicable fidelidad a Matilde no quiso cruzar la puerta.

Siguió llorando.

La última vez que miré el reloj, al décimo día de la partida de Matilde, eran las cuatro menos diez de la madrugada. Apagué el velador, pité ligeramente un cigarrillo que no pude terminar y me dispuse a reparar y recordar mi vida con ella.

El ascensor chirrió al frenar en el quinto piso. Junto a mí sobresalto, lo de él, que volvió a correr hasta la puerta y, unos segundos después, lloró como nunca. Un llanto tan agudo que me hizo gritarle y rogarle que no llorara más, que ella jamás volvería a estar con nosotros.

Hubo un anuncio de dolor desconocido, entre mi frente y mis testículos. La sensación fue rápida. Giré, dos vueltas, contuve la respiración y apoyé la espalda contra la pared. Así, el dolor helado y zumbón retrocedió. Pero era demasiado tarde. En fracción de segundos Macedonio había hundido sus afiladas uñas en mis ojos, vaciándolos justo cuando el dolor desconocido volvía a juntar mi frente y mis testículos.

El día que recibí mis primeras visitas en el hospital, mi hermana me contó que la madre de Matilde había encontrado al gato muerto, acurrucado junto a la puerta, y que a su lado, hecho trizas, inexplicablemente, estaba el cuadro de Sarah Bernhardt.

Ahora debo volver al color azul—que tanto extraño—y al violeta, lo sé, porque fue el último que compartí con ella.

LA VIDA ENTERA
Juan Carlos Martini
283 páginas
Ed. BRUGUERA

La realidad se teje de manera compleja. Es una convergencia de hechos, premeditados algunos, aleatorios otros, de tal manera combinados que la asemejan al sueño. Claro que no es lo mismo sueño que realidad, pero pasan cosas tan poco comprensibles, que tienen tanto de locura, tanta violencia, que en cierto momento vivirlas parece más bien estar soñándolas. Como en los sueños, parecen imponerse en forma arbitraria, como si no hubiera nada que las motive; pero hay elementos subyacentes que generan esa especie de juego macabro, esa "Danza Macabra" que bailan (juegan) los hombres con un ritmo envolvente que les desdibuja lo que los rodea, que los deforma, y en ese girar excraban las pasiones hasta la locura. Retratar esa realidad tal cual se muestra en su superficie es caer en el facilismo de querer mostrar lo trágico, o lo intrínseco que tiene reseñado sus hechos. Si además se cree que responde a una estructura maniqueísta, se cae en una doble equivocación, es casi caricaturizarla. Convergamos en que la historia de los últimos tiempos —toda la historia argentina— tiene mucho de complejo, mucho de inexplicable. Martini ha escrito una novela que, no sólo refleja lo que puede ser cualquier secuencia, o toda esa historia, también ha creado una obra que tiene un valor independiente de lo testimonial, ha creado un mundo singular. Su novela es la vida de un pueblo, cuya fundación adquiere la categoría de inicio del mundo; sus personajes llegan a esa llanura desértica sin saberse de donde vienen, ninguno de ellos tiene historia. El pueblo se llama Encarnación, es el nombre de la primer mujer del Alacrán, es la primer mujer de la tierra; Rosario es el amante de Encarnación, que va a ser expulsado del pueblo, y el Alacrán, el caudillo, el que detenta el poder. En el inicio, como en la concepción judeocristiana del mundo, hay una pareja que desobedece la ley del poderoso y que, por eso, es castigada. A Rosario lo golpean casi hasta matarlo, luego lo destierran. Es quién dará el nombre a los alrededores y quién representará a los seres marginales. Encarnación será vendida a dos pe-

ones e iniciada, por ellos, en la prostitución. La violencia con la que el Alacrán responde al desafío que le hacen Encarnación y el Rosario al amarse, lo lleva a ganar esa primer batalla y le revela un poder limitado, pero ese acto de violencia marcará también el inicio de su derrota.

Al iniciar a Encarnación en la prostitución la obliga a repetir el acto del desafío indefinidamente y así la vuelve su enemiga, ella, como tal, va a luchar para quitarle el poder, más bien va a demostrar que el poder que el Alacrán ejerce es limitado, tanto como lo es su vida, que el verdadero poder está en ella, la primer mujer, el origen de todas las cosas, en donde todo se gesta, hasta los hombres poderosos. Encarnación va a demostrar que esto es así, lo va a derrotar, sangrando la sangre del Alacrán para ir debilitándolo hasta causarle la muerte. Después Encarnación será puesta, por los peones que la iniciaron, y como una gracia que el Alacrán le concede a los tres, a cargo de un prostíbulo. Allí, en las casas de empeño, y en el restaurante, se desarrollan todas las actividades del pueblo.

Los del Rosario al principio sólo resisten, van allí a morir, dicen, pero más que morir agonizan sin término, viven en la confusión, están demasiado inmersos en esa realidad, su historia es muy reciente y sus acciones desesperadas. Los indicios que les señalan un principio de cambio están vedados para casi todos, son premoniciones soñadas por la Hermana, sueños que la mayoría adjudica a la fiebre, una manera velada con la que los pobladores nombran a la locura. La Hermana está postrada, con el cuerpo llagado. Llagas provocadas por esos sueños herméticos, en los que solamente el Tonto cree, a pesar de que él tampoco los comprenda. Es que los sueños son parábolas que se van a aclarar una vez que esos hechos se desencadenen.

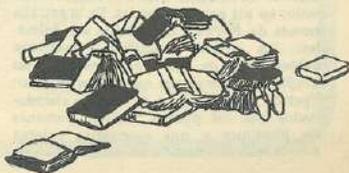
Martini, con La Vida Entera, da una visión de toda la historia argentina (de ahí el título), no de un período específico. Lo hace creando un pueblo, resaltando el carácter onírico de la vida de ese pueblo. Para hacerlo se vale del realismo mágico, una forma de contar que emparenta a esta novela con Cien Años de Soledad; esto es, de todas formas, válido, si bien no ha descubierto nada nuevo, sí hace una eficaz utilización de esa manera de narrar. Pero además de mostrar la similitud que hay entre lo que vive, y vivió, el pueblo argentino con los demás de Latinoamérica, logra dar

las características propias de nuestro país. La inclusión de Gardel (mítico personaje no sólo porteño si no también criollo) le da esa peculiaridad, como se la da las expresiones lunfardas, el hablar argentino de los personajes. Sus diálogos son de una aridez que los equipara al paisaje, la misma aridez que ellos demuestran en sus conductas; el lenguaje del narrador, con el que se cuenta esta historia, viene a cerrar el círculo, impidiendo que el lector pueda despertar, pueda emerger del sueño en el que la novela lo sumergió, llevado de la mano, no de los hechos solamente, también de los mitos que encierra, de los personajes herméticos, misteriosos como el Bicho, que repite sin variar "que vida cunca" y se saca lombrices y gusanos de las orejas; como el Tonto y la Luján, los únicos que a pesar de estar ellos también inmersos en esa locura, preservan una candidez y una ternura que los muestra libres de la pesadilla. O la Hermana, que es la real pitonisa, la que revela la verdad, la que anticipa los hechos, no la que dice lo que todos quieren oír.

Es imposible sustraerse a la afirmación que hace Cortázar en el prólogo; el realismo no es la única manera de reflejar la realidad, hay otras igualmente válidas, esta novela así lo demuestra.

La Vida Entera fue uno de los libros prohibidos en los últimos años (durante los últimos tres años), presumiblemente se impidió su venta en el momento más oportuno, conviniendo en que un escritor escribe y publica su obra cuando está más ligada a las circunstancias. La Vida Entera estuvo escondida en un inmenso cajón, con forma de ataúd, en donde imagino habrán sepultado todos los libros que los argentinos, por razones de salud mental, no podíamos leer; después de ese tiempo sigue teniendo el mismo valor testimonial, y eso se debe a que su mérito mayor es el de ser una obra de arte; como tal es penne.

Mario DE VITTS



**"LOS PICHY-CYEGOS"
—VISIONES DE UNA BATALLA
SUBTERRÁNEA—
RODOLFO ENRIQUE FOGWILL
Ediciones de la Flor - 930 cm3**

Cuántos soldaditos argentinos habrán soñado con hacer mutis en el frío escenario de la guerra austral? Borrarse de golpe, como en las películas de fantasmas, aparecer en una playa tibia, lejos, o, simplemente, en el patio de una casa en Berazategui, mirando como un zonzo al hermano menor que escarba la tierra. Los japoneses no eran de este mundo. Feos, herméticos, con esos trapitos blancos en la cabeza, se habían quedado filmando en Iwo-Jima o Guadalcanal. En el paisaje de las Malvinas no hubo héroes wagnerianos ni fanáticos tuaregs, sólo gomas de el conurbano, rusos de General Acha, petisos del Chaco, de Corrientes, gente así, que dejó de repartir teleras de pan por un rato o bajó la cortina de la gomería atándola con un alambre. A ese ejército de muchachos, entre sombríos y desconcertados, a esa masa de pibes que nunca estuvo en un set y cuyos conocimientos de estrategia provenían de "Canuto Cañete . . ." o "La muchachada de a bordo", proyectados en un cine suburbano, Fogwill, Rodolfo Enrique Fogwill, el de la mueca exotáltica y surrealista, les da una platea y los hace sentar sobre el barro y los excrementos de "Los Pichy-Cyegos".

"El pichi es un bicho que vive abajo de la tierra. Hace cuevas. Tiene cáscara dura — una caparazón — y no ve. Anda de noche. Vos lo agarrás, lo das vuelta, y nunca sabe enderezarse, se queda pateando panza arriba. ¡Es rico, más rico que la vizcachá!" El soldadito argentino, concientizado con la taza de chocolate del 9 de julio, anda arrastrándose bajo la arcilla rocosa de un territorio de ambigua soberanía, cavando a ciegas, sucio y desesperado, como el peludo de las pampas, hurgando sin ver, haciendo huecos salvadores, laberintos que le permitan escurrir esos dientes que quieren clavarse en su carne rica, en su espalda sin vello, en sus nalgas desnudas. En la extraña novela de Fogwill, las estrellas son animales: los pichis, fantásticos desertores subterráneos de una guerra remota; las ovejitas que lo único que saben es rajar; "perros vagos, ovejeros de estancia abandonados por los dueños"; tristes pichones de pingüinos y una enigmática culebra con la que se encariña un sanjuanino. En

el paisaje de fin del mundo de "Los Pichy-Cyegos", los protagonistas son mutantes, seres imprecisos que destruyen cavernas para sobrevivir, que han elaborado nuevas leyes para manejarse, adoptado otras costumbres, cubiertos por la caparazón del miedo y sus propias deyecciones. Fogwill ha elegido el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur para montar una trágica farsa que desnuda a la Argentina de estos últimos años, millones de seres transformados en animales mansos y malolientes, miriadas de ojitos ciegos tratando de escapar, hurtando su carne todavía apetecible a las puntas de los tenedores y a las mandíbulas de las bombas.

La raza de los pichis crece, se multiplica bajo tierra a despecho de los "archis" (argés obedientes), a expensas de "winers" (winners británicos) y "jelps" (kelpers o malvineros) y con la remota esperanza de la intervención de los "ruchan" (russian). Los pichis nacen como reacción contra una contienda absurda, contra la arbitrariedad de los altos mandos, contra la precariedad y la escasez; nacen como una respuesta desesperada y pícaro, de puras ganas de vivir nomás.

"— Ustedes son boludos?"

— ¡Sí señor!

— ¡No! Ustedes no son boludos, ustedes son vivos. Son vivos? — chilló.

— Sí mi sargento — contestaron los tres.

— Entonces — les había dicho el sargento — van a tener licencia. Vayan más lejos, para aquel lado — les mostró el cerro — y cavén ahí.

Les explicó que las trincheras estaban mal, que las habían hecho en el comando: dibujadas arriba de un mapita. Decía que esas trincheras, con la lluvia se iban a inundar y que todos se iban a ahogar o helar como boludos y que los vivos tenían que irse lejos a cavar en el cerro, sin decir nada a nadie".

Un pichi es un enterrado y un desterrado. Apartándose voluntariamente de una guerra que no siente como propia, exiliándose del rebaño que obedece las órdenes superiores, se desnacionaliza en lo aparente para nacionalizarse en lo profundo, integrado a una comunidad subterránea que adquiere identidad propia. Su nuevo modo de vida es un desgarramiento, una ruptura que lo transforma en otro, odiado y envidiado por "archis", despreciado por "winers"; un pichi es el producto de una mutación monstruosa, generada en el miedo y el deseo de sobrevivir, raza condenada

a escarbar sin término y a morir en las profundidades.

Las necesidades primarias lo mantienen alerta, lo vinculan con los demás miembros de la pichicera o lo obligan a reconectarse fúguzamente con el mundo de arriba.

"Fumaban quietos. Seguían las explosiones, las vibraciones. A veces se oía una explosión y no vibraba. Otras veces vibraba y nada más, sin escucharse ruido.

¡Qué hambre!

— ¡Qué hambre! — dijo uno.

— ¡Con qué ganas me comería un pichi ciego! — dijo el santiagueño."

"Sobraba el tiempo entre los turnos de cavar. Cavaban de mañana, para que el viento tapase el ruido de las rocas. Hablaban:

— ¡Qué querías vos?"

— Culear.

— Dormir.

— Bañarme.

— Estar en casa.

— Dormir en cama blanca, limpio.

— Culear.

— ¡Comer bien . . . Te imaginás un asadito!"

Pero sobre todas las urgencias, dueño y señor, reina el miedo. El miedo, como un rayo láser que detiene todas las funciones y paraliza todas las expectativas. "Hay miedos y miedos. Una cosa es el miedo a algo — a una patrulla que te puede cruzar, a una bala perdida —, y otra distinta es el miedo de siempre, que está ahí, atrás de todo. Vas con ese miedo, natural, constante, rechazando la cuesta, medio ahogado, sin aire, cargado de bidones y de bolsas . . ."

Las nuevas formas de vida, formas turbias y degradadas, implican la aparición de otros niveles de sexualidad, distintos de la concepción a la que estaban acostumbrados cuando vivían y amaban sobre la tierra. Obligados a esperar la improbable finalización de un conflicto bélico en el que participan subsidiariamente, se inclinan, no sin angustia, hacia la homosexualidad o la zoofilia.

"Y nadie lo podía creer, pero esa noche Manuel fue a dormir a la chimenea de los británicos y a pesar de los ruidos que producía a propósito el otro británico con la radio, se oían ristas y los gemidos de los dos (. . .) Y daba asco, porque ahí abajo, con esa mugre, con el olor a muerto que se filtraba . . ."

"Después se fueron a dormir (. . .) Soñó que se culeaba a una oveja. Algunos

—se decía— habían culeado con ovejas, con yeguas y hasta con burras. El sueño ovejas.”

Lo sórdido de algunas pasiones no es obstáculo, sin embargo, para que haga su aparición la ternura, a menudo mezclada con sentimientos ambiguos y con la crueldad. Esta combinación resulta ser uno de los hallazgos más felices de Fogwill porque a la mera anécdota se le suma un tratamiento formal de sorprendente originalidad. En la penumbra del socavón, la ternura es posible, aunque su objeto sea un gusano, como en el episodio del sanjuanino.

“Lloraba casi el sanjuanino cuando fue al vasito. Creyó que se lo tenían muerto, pero sacó la tapa y la lombriz —bien comida— le saltó a enroscarsele en la mano que debía apestar a cigarrillo y él estuvo como una hora como se habla a un perro, o a un hijo, hablándole a ella. O a él.”

Crueldad y ternura coexisten a lo largo de todo el libro, frecuentemente apoyadas en el uso del diminutivo, un uso que evoca necesariamente a Roberto Arlt. Al menguar

o atenuar la significación de un vocablo positivo, Fogwill consigue un efecto que potencia el contenido humano del texto, limando durezas, equilibrando situaciones de angustia o terror. Así sucede en su descripción antológica del estallido de las ovejas a causa de las minas.

“Tiene miedo. Se hace la distraída. Camina despacio para el lado donde va el viento . . . Muerde uno o dos pastitos para disimular, para que no la noten yéndose (. . .). Y el humano se acerca, con la boyoneta en una mano (. . .) pues va a cargarse alguna o a carnear una entera, para quitarle lo mejor —trabajo difícil— y las encuentra muertas y calentitas por dentro, del calor de su propia sangre . . .”

El efecto que consigue Fogwill al aplicar el diminutivo a una situación trágica sirve para poner en evidencia una humanidad o una ternura que permanecían escondidas. Pero también puede servir para acentuar, por contraste, el miedo o la angustia. “Los ingleses, que siempre andaban con la carita lisa y las ropas planchadas . . .”

“Lo que el vío desde esa cresta, fue que

al llegar al cielo azul la “ve” de aviones se quedó pegada contra el aire, incrustada en lo azul y que después los avioncitos se desparramaron por el azul y empezaron a deshacerse sin caer. Eran como gotitas de una sustancia pegajosa . . .”

Pero, además de este incesante uso del diminutivo, deben anotarse como logros estilísticos del autor la utilización eficaz de la frase breve, punzante, coloquial, que le confiere al texto una verosimilitud casi despojada de artificios y, por cierto, un admirable empleo del diálogo que, a veces como un ping-pong, entablan los pichis en su cueva y que da la impresión (así lo ha querido Fogwill) de haber sido grabado en el mismo lugar de los acontecimientos.

Buena parte de los argentinos experimentamos respecto de la guerra de las Malvinas una suerte de distanciamiento, que no sólo podría explicarse por razones geográficas sino también por motivos políticos y emocionales. No llegaba a ser una guerra nuestra, en la que estuviéramos

(Cont. pág. 25)

¿quién se acordó de los escritores argentinos durante estos años?



Galerna

¿Por qué? Porque cuando la “plata dulce” estaba en el best-seller importado o en la novela pasatista, nosotros “apostábamos” a nuestros escritores. Entre muchos otros, estos nombres lo atestiguan:

ASIS BRACELI CASTILLO GENO DIAZ HALAC KORDON MANZUR MEDINA
O'DONNELL PERRONE PLAGER SEBRELI FIRPO TCHERKASKI

EDITORIAL GALERNA
Charcas 3741

"... y las horas que crecen
a la derecha de los relojes
deben alargarse por la pereza,
ya que son las que más
seguramente llevan a la muerte..."

Alejo Carpentier

Las horas sin tiempo

cuento de Alfredo Daniel Vitullo

Las tres de la madrugada. Ahora ha comenzado. Reconoce sobradamente los síntomas; no en vano transcurrió el tiempo, un inmemorable pretérito de angustias y sumisiones a las que se acostumbró, o mejor, lo acostumbraron.

¿Cuántas horas, días, años; cuánto tiempo ha demorado ese quietismo en su trabajo lento y eficaz?

La madrugada lo sorprende solo, tal vez triste, pero aún vivo. Siente aquietarse todo su cuerpo y se aletarga su imaginación vencida de realidad ante el último esfuerzo por satisfacer su propia existencia.

De pie, en medio de su habitación, se dispone a vestirse para salir. La pesadez de su cuerpo no lo invita a gastar las pocas fuerzas que le quedan. ¿Qué necesita ocultar bajo sus ropas si no le han dejado nada por fuera o por dentro?

Comienza a caminar, lentamente. El frío de la madrugada le hiela el cuerpo y le hace más difícil articular sus movimientos.

Las cuatro de la madrugada. Ya recorrió algunas cuadras vacías sin detenerse por miedo a no poder continuar luego. Nadie lo sigue. Nadie lo ve. Camina lentamente, arrastrando el paso pesado de sus pies. La calle vacía lo mira pasar indiferente y le devuelve el saludo de algún piojoso que se saca el sombrero mugriento, asomando su cara indiferente entre los harapos que le sirven de cama.

Las cinco de la madrugada. Ahora ha comenzado a acelerarse el proceso. Siente el pecho endurecido; ya no responde al movimiento de su respiración pero tampoco necesita de ella. Tal vez así no se le escape el alma si aún le queda. Ese endurecimiento cruel y lento lo abraza con la frialdad de la piedra. Pesadamente se arrastra, extenuado, agobiado por el peso de la carga de granito que se apodera de su exterior porque el interior hace años que se vació de tiempo.

Las seis de la madrugada. Logró alcanzar la plaza. El pasto húmedo le pinta de verde los pies blancos y el rocío se acomoda en las primeras grietas que alcanzaron sus tobillos. La plaza está vacía y quieta. Solitaria, lo acompaña hasta el final. Junto a un pedestal vacío detiene su cuerpo claro y rígido. Lentamente se sienta en el piso, apoya su espalda desnuda contra el pedestal, recoge sus piernas y acoda en ellas los brazos para sostener en sus manos la cabeza que el tiempo no ha logrado vaciar; no aún y tal vez nunca. Y se duerme, con los ojos ateridos a lo largo de toda una vida.

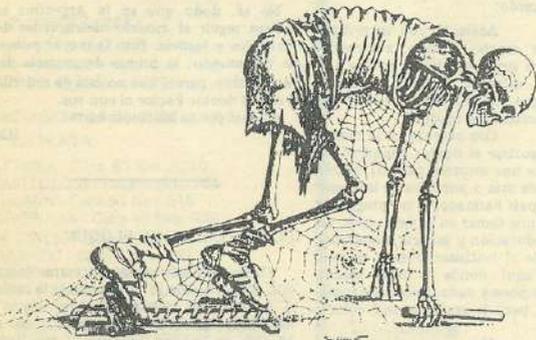
Las siete de la mañana. Octubre florece en la plaza. A nadie le extraña la estatua caída a los pies de su pedestal porque nadie tiene tiempo de observar más allá de su prisa. Sólo el viejo que ha venido a tirarle maíz a las palomas repara en ella y siente frío. Pero el sol de Octubre calienta el césped, los bancos, las piedras, porque no alcanza a reconfortar la carne endurecida de penas de la gente.

Y a Octubre le seguirá el verano, y el invierno que tal vez se detenga hasta que algún escultor enderece esa figura endurecida, para sentarla en el pedestal vacío a esperar que se herrumbre y se desgrane de tiempo.

Alfredo Daniel Vitullo nació en 1956. Esta es la primera vez que publica. Nos contó que hace unos diez años que escribe, pero siempre se mantuvo ajeno al simpático y desconcertante mundo literario. Este cuento llegó por correo, no conocíamos a su autor, nos gustó el clima que crea la narración; lo invitamos a una reunión, charlamos un poco. Y acá está publicado.



Buenos Aires, setiembre de 1983



SEGUIMOS EN CARRERA

En nueve meses, es sabido, se pueden hacer muchas cosas. Nosotros sacamos el cuadernillo de presentación y los números primero, segundo y tercero. En este tendríamos que haber aumentado el número de páginas, como mínimo hubiera hecho falta un pliego más. Esto para cualquiera que lo ve de afuera puede parecer algo muy simple. Pero es muy difícil, acá todo anda fenómeno hasta que llega el momento de hacer las cuentas. Y eso no sólo desgasta, más bien quiebra. Mario De Vitis se quiso suicidar con vidrio molido, Julia Sancho vuelve al país creyendo que acá está el futuro del universo, Ricardo Manero sale por las noches a cantar el Cantar de los Cantares y se acompaña con un xilofón

grandote, montado sobre un carrito de rulemanes. A nuestro alrededor no queda nadie sano. Mario Barbieri —el imprentero— nos odia, nos pone hojas de ombú en el mate y todo porque le pagamos con cheques del BIR, dice que no van más y creemos que a lo mejor tiene razón.

Ya que no podemos repartir las ganancias, seríamos muy felices si pudiéramos repartir las pérdidas.

Nos alegra que nos den ánimo, que apoyen nuestra obra, que nos digan adelante, pero al gerente del banco cuando le decimos que somos prosistas y poetas y que queremos un mundo más justo, y que una página bien escrita es mil veces más importante que, sin ir más lejos, el cheque que

le pedimos que no nos rechace, nos mira absorto, indeciso entre llamar a la comisaría o al manicomio.

No sabemos si el amable lector ya se habrá dado cuenta que esto es un pechazo con todas las de la ley. Necesitamos plata, porque sino nos vamos a hacer famosos pero no por nuestra perfecta y coqueta obra literaria; no, vamos a salir en la primera página de Crónica con letras grandotas y con nuestra foto debajo, con esa carita medio raroná que tienen los delincuentes en las fotos.

Suscribase. Suscriba a sus amigos. Cómprala en los quioscos cuando tenga frío y póngasela entre el cuerpo y la camisa. El molino de pimienta está especialmente recomendada para niños y ancianos.

Haga la cadena de El molino de pimienta. Un natural de Borneo siguió la cadena y ganó la grande, pero luego desalentó a un amigo que quería seguirla y murió en un naufragio.

Ya ve, querido lector, nuestros argumentos son científicos.

El molino en pieno

SUSCRIPCIONES

EN ARGENTINA

Presentación \$a. 50.-
2 Números \$a. 100.-

EXTERIOR

6 números y presentación US\$ 20.-

LOS LIBROS (Continuación)

íntegramente comprometidos, aunque fueran muchachos argentinos los que allá se congelaban o ardían. Este singular extrañamiento también acontece entre los pichis. Adentro de la cueva es el calor, el olor a excrementos y la vida, el útero tibio donde uno puede refugiarse, las evocaciones y el sueño. La guerra transcurre en otro plano, la guerra hierve arriba y lejos, en otro escenario desde el que llega el golpe sordo de las bombas, el silbido de los cohetes mezclado con el viento. La muerte está arriba y afuera, encarnada en el soplo gélido del viento o en la

estrella verdense de una bengala. La guerra es una proyección cinematográfica, una "Gran Atracción" a la que los pichis asisten esporádicamente, ciegos y sordos, encerrados en su vacuola de miedo.

En una novela breve y jadeante, por cierto inorgánica, no bien estructurada e inconclusa, Fogwill ha logrado brindar una imagen verosímil y patética del conflicto austral. Podrá imputársele cierta incoherencia narrativa, algún apresuramiento y una concesión a los finales semi-felices. Pero no podrá negarse que se trata de uno de los testimonios de ficción más sólidos que se

han producido hasta el presente. Habría que preguntarse si las botellas de "Tres Plumas" que los pichis se pasan de mano en mano entre las sombras, son un símbolo de la cobardía de estos singulares desertores, de la cobardía del Imperio Británico como sugiere la portada del libro o de la cobardía del alto mando argentino que abandonó a los combatientes en los momentos más difíciles.

EL SIDU

avisitos

COMPRAS

Compró best sellers, literatura en general. Novelas en inglés. Voy a domicilio, pago en efectivo. 764-2624

Compró libros en buen estado. Castellano, inglés, francés, alemán. Pago contado. 793-4648

Libros antiguos ilustrados hasta el siglo XIX. 854-6462

Correo de la Unesco 1955 - 256-1876

COMPRO LIBROS USADOS. Bibliotecas particulares. Resolución en el acto. Voy a domicilio. 68-5982

Libros nuevos y usados - Salta 794

Libros usados: novelas, best sellers, historia, política. Pago bien 747-4443

TALLERES LITERARIOS

Taller literario - Coordinación: Héctor López y Hugo Correa Luna - 743-7254 / 826-4998 Mansilla 3267 - piso 15 "C" - Capital Federal.

Taller literario de la Sociedad Italiana H. Yrigoyen 570 - piso 3 - Quilmes
Coordina: Chalo Agnelli.

Taller literario - 311-2572

TALLER DE ESCRITURA

Prácticas de la escritura, Análisis críticos, Teoría literaria. Coordinó: LILIANA LUKIN. Informar al 47-0607.

ENSEÑANZA DE IDIOMAS

ENSEÑANZA DE INGLÉS A NIÑOS

Aprendizaje amano, jugando. 38-3541
Mario Meyer 41-1290 / 44-0476 - int. 05 (de lunes a viernes de 12 a 20 hs.)

Para publicar avisos en esta sección, consultar reglas del juego.
El Molino de Pimienta, se limita a reproducir los textos de los avisos, sin que ello signifique responsabilidad por la calidad y veracidad de los anuncios.

Cartas

Estimado Ricardo:

Adelante con la revista; que sea por mucho tiempo, avanzando sin prisa, pero sin pausa. Es un premio a la valentía de difundir cultura, en estos tiempos en que está tan cara y es todo tan difícil, democracia por medio.

Con respecto a la democracia, el reportaje al doctor Factor sobre Nicaragua fue una sorpresa para mí, quizás por ignorancia mía o por falta de información de ese país hermano, y me pregunto: ¿No podríamos tomar en la Argentina, un modelo de educación y justicia semejante? Lo digo ante el lentísimo avance en esos dos rubros aquí, donde se habla mucho pero se hace poco y nada. Quizás sea impaciencia mía, pero le veo muy mal color a todo esto.

Me emocionó mucho el reportaje a Hernán Oliva, un gran músico, muy mal pago, pero que a pesar de todo, es feliz haciendo lo que quiere, como parece que siempre hizo. Realmente lo envidio.

No se hacer crítica literaria, sólo te puedo decir que me gustaron mucho los cuentos "Venir a casa y ser bueno" y "Huérfano".

Deseo a la revista mucha suerte, que llegue a la gran masa de lectores y como dicen los pibes, buenas ondas. Un abrazo.

Violeta G. Haimoff
Olivos

No sé, dudo que en la Argentina se pudiera seguir el modelo nicaraguense de educación y justicia. Pero la mayor potencia del mundo, la primer democracia del mundo libre, parece que no está de acuerdo ni con el doctor Factor ni con vos.

Gracias por tu afectuosa carta.

RM

CONTESTACION EN BLOQUE

Como han sido varias las cartas (como dos, fácil), donde se nos pregunta la razón, si la tiene, de nuestro nombre, vamos a explicarlo. En 1933 Erika Mann fundó en Munich un cabaret literario al que llamó El Molino de Pimienta. Por allí pasaron las figuras más importantes de la resistencia artística y política. Al poco tiempo fue cerrado por los nazis. Después Erika Mann se instaló en Zurich, allí lo reabrió. El traslado de esta historia se percibe en Mefisto, la inolvidable película de Szabó, sobre libro de Klaus Mann, hermano de Erika.

Nuestra revista es una versión impresa, argentina y de la década del ochenta.

Y como ni el nombre es nuestro, de allí surgió lo de revista dependiente. Todas las revistas (y no sólo las revistas) son dependientes; el molino es la única que lo admite sin vueltas.

LAS PUBLICACIONES RECIBIDAS NO SE CONSIGNAN POR FALTA DE ESPACIO.

Reglas del Juego

- Vamos a publicar cartas de lectores, preferiblemente bien escritas.
- Pedimos que nos envíen libros y revistas.
- Pedimos a quienes organicen concursos literarios nos hagan conocer las bases y condiciones con suficiente anticipación para poder difundirlas.
- Recibimos donaciones sin pudor.
- Pedimos a autores de cuentos muy breves, de una extensión no mayor de media página tamaño oficio, nos hagan llegar alguno para que sea considerado por nuestro eficaz cuerpo de censores; en caso de ser aceptado, lo publicaremos.
- Publicaremos avisos clasificados que no superen las 30 palabras. Estos avisos podrán requerir canje, compra o venta de libros o revistas. Talleres literarios. Ofrecimiento y pedido de traducciones. Compra o venta de láminas o grabados. Y cualquier otra cosa que pueda interesar a los lectores de nuestra revista. El precio de estos avisos será igual a cinco franques mínimos de correo ordinario a la fecha del matasellos. El importe, en estampillas postales, deberá ser remitido en el mismo sobre donde se solicita la publicación del aviso.

CASILLA DE CORREO 21 - (1884) BERAZATEGUI - ARGENTINA

**LIBRERIAS DONDE
SE CONSIGUE
EL MOLINO DE PIMIENTA**

● **BUENOS AIRES**

CLASICA Y MODERNA - Callao 892
HERNANDEZ - Corrientes 1436
NORTE - Las Heras 2225

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

● **LA PLATA**

ATENEA - Diag. 80 Nro. 1010
CAPITULO II - Calle 6 Nro. 768
FRUMIN - Calle 51 Nro. 515
JUVENILIA - Calle 49 Nro. 539
LA BIBLIOTECA - Calle 7 Nro. 821
LIBRACO - Calle 6 Nro. 667
LIBRO 49 - Calle 49 Nro. 622

● **AVELLANEDA**

EL PORVENIR - Av. Mitre 915 - Loc. 15

● **BERAZATEGUI**

LA POSTA - Hudson 4925

● **HAEDO**

FONTAN - Rivadavia 16176

● **LOMAS DE ZAMORA**

AFAN Y FE - Gorriti y España
CASA DEL SOL - Laprida 165 - Loc. 27
LA GONDOLA - Pellegrini 56
SENDEROS - Av. Meeks 82 - Local 23

● **MERLO**

IMPRES - Libertador 241
MODERNA - Libertador 583

● **MORENO**

MIGUEL ANGEL - Mitre 789

● **MORON**

LA CALESITA - Sarmiento 789
MACHETE - Cabildo 206

● **QUILMES**

EL MONJE - Alsina 285 - Moreno 534
RAMOS - Mitre 531
LA CASA DE PELLEGRINI
Carlqs Pellegrini 64

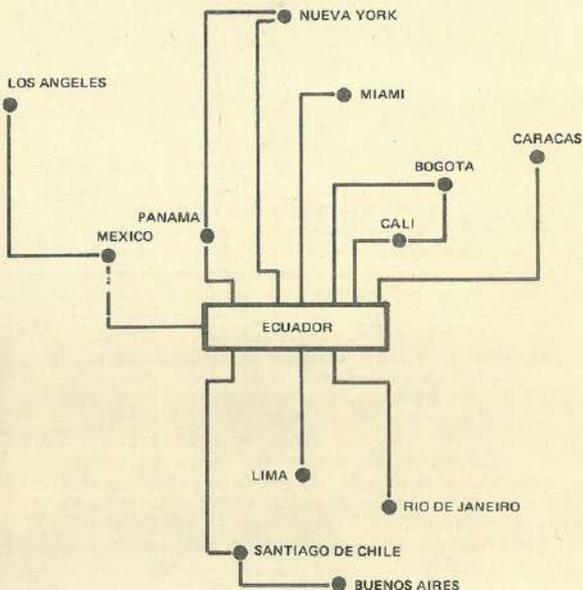
● **RAMOS MEJIA**

CHISPITAS - French 130
GUARDIA - Rivadavia 14040

● **SAN ANTONIO DE PADUA**

LOS GRACOS - Noguera 37

**conozca el mundo
de ecuatoriana**



ECUATORIANA

EMPRESA ECUATORIANA DE AVIACION

APOYA A LA CULTURA

SUIPACHA 1065 - BUENOS AIRES - ARGENTINA

TELEFONOS: 311-3010 - 3019 - 1117 - 0911 - 0914 - TELEX 012-4743

Una fábula para nuestro tiempo

La mosca medio inteligente

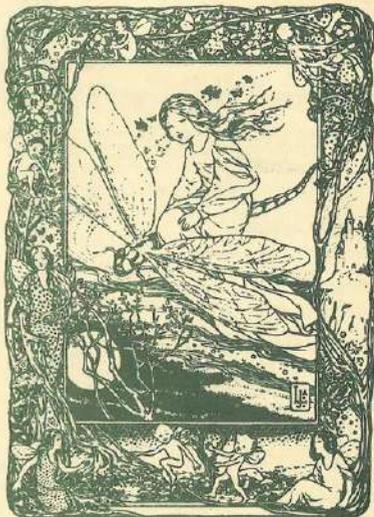
JAMES THURBER

Una gran araña que vivía en una casa vieja tejó una hermosa tela para atrapar moscas. Cada vez que una mosca se posaba y se enredaba en la tela, la araña corría a devorarla, para que las demás al pasar creyesen que aquél era un lugar seguro y tranquilo para descansar.

Pero un día una mosca medio inteligente estuvo zumbando tanto tiempo alrededor de la tela, sin posarse, que la araña se presentó y le dijo: "Baja y pósate".

Pero la mosca era demasiado inteligente para eso y le respondió: "Nunca me poso donde no veo otras moscas, y no veo ninguna en tu casa".

Y se alejó de allí y voló hasta un lugar donde había muchas moscas. Cuando iba a posarse, una abeja zumbó diciéndole: "Ten cuidado, estúpida, que es papel de moscas, y esas están todas presas". "No seas tonta", le dijo la mosca, "están bailando". Entonces se posó y quedó pegada en el papel con las demás.



MORALEJA: No hay garantía en el número, ni en ninguna otra cosa.

EL MOLINO DE PIMIENTA — cabaret literario

Dirección: Ricardo Maneiro — Coordinación: Julia Sancho — Secretaría de redacción: Mario De Vitis

Colaboran en este número: Hugo R. Correa Luna — El Sidu — Patricia Marta Gesino — Bernardo Jobson — Jorge Manzur — Isidro Salzman — Alfredo Daniel Vitullo.

Arte e impresión: Litofemar - San Martín 348 - Quilmes

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Casilla de Correo 21 - (1884) Berazategui - Argentina.